

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs. — Tres meses, 32 rs. — Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIA.** ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 9. — Abril 3 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.). — Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

**TEXTO.** — Crónica de Paris, por JULIO LECOMTE. — El R. P. Min-  
 jard, por J. DOUCET. — La fortaleza de la Alcazaba, por el SEÑOR  
 YRIARTE. — Barrio de los Judios, por el Sr. YRIARTE. — Corres-  
 pondencia de Turana. — Diputacion saboyana en las Tullerías. —  
 Correspondencia de España, por D. C. YRIARTE. — Recuerdos de  
 viaje en el Daguestan, por MOYNET. — Recepcion del señor Ricaso-

li, por S. M. Victor-Manuel. — La ladrona de niños, por ERCKMANN  
 CHATRIAN. — Posadero del Rhin, por EUGENIO GUINOT. — El taba-  
 co: su cultivo, por ARNOULT. — El Fabricacion del tabaco, por Em.  
 BOURDELIN. — Crónica de los Tribunales, por PETIT JEAN. — Tapi-  
 ceria del Museo de Cluny, por SOMMERAD.  
**GRABADOS.** — Recepcion de M. Greyfié de Bellecombe y de la Di-  
 putacion saboyana. — El R. P. Minjard. — Vista de la Alcazaba. —

Puerta de la Juderia en Tetuan. — La Dordoña, barca armada de  
 guerra. — Mercado, en el centro de las dunas, en Turana. — Cargas  
 á la bayoneta en las montañas de Osaja. — Vista de Abul y de la re-  
 sidencia de Kan Teham-Kao (Daguestan). — El señor Ricasoli pre-  
 sentando al rey del Piemonte el resultado de las votaciones en Tos-  
 cana. — Cultivo y fabricacion del tabaco. — Una tapiceria del Mu-  
 seo de Cluny.



Recepcion de M. Greyfié de Bellecombe y dela diputacion saboyana por el emperador, en elsalon de Luis XIV, de las Tullerías, el miércoles 21 de marzo.  
 Croquis de M. Moullin.



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Tenemos que referir á nuestros lectores dos rasgos populares, dos historias en las que se revela el corazón, — lo cual nos hace reposar agradablemente de otros ejercicios mentales. Estas cosas sencillas exigen ser referidas con sencillez; hélas aquí, al correr de la pluma conmovida.

El sábado se enlazaban por la coyunda de himeneo en la iglesia de San Eustaquio una linda jóven de diez y ocho años y un arrogante mozo de veinticinco. Es éste un buen obrero ebanista del arrabal de San Antonio. — La jóven es una buena muchacha empleada en la tienda de unos pasamaneros de la calle de San Dionisio. Amanése tiernamente y forman, á estas horas, la pareja mas feliz de Paris.

Al concluir la comida de boda, que se ha efectuado en una fonda del boulevard del Temple, Teresa, la desposada, llena de tierna alegría, se acerca al mercero en cuya casa se ha educado y le dice:

« — ¡Ea, vamos! mi buen M. Dauvain, porque son usted y su señora mejores para mí que unos padres? No soy mas que una pobre huérfana, ustedes me han recogido y educado; me han sentado á su mesa y á su mostrador; finalmente, les debo mi educación, les debo todo!... Y tenemos que hoy, sabiendo que amo á un muchacho honrado, laborioso é inteligente, me dan ustedes veinte mil francos de dote, para poder casarme con él... para que él pueda establecerse! En verdad, todo esto es extraordinario, en los tiempos que corren, y que son, según dicen, tiempos de egoísmo! Vamos, mi buen M. Dauvain, no sería este el momento de decirme la razón de tantas bondades, de tantos beneficios? Mi reconocimiento tiene necesidad de desahogarse!

« — Me lo preguntas?... — respondió el mercero, — pues bien, hija mía, sí, voy á decírtelo todo... es necesario tanto para tí y para mí como para mi excelente y cara señora, que ha desempeñado contigo el papel de madre; pues esa jente de que hablas y que te han dicho ser egoísta, es también curiosa, parlanchina, difamadora... Se ha propalado muchas veces en el barrio que si te educaba como lo he hecho... tenía mis razones para ello! Sí, Teresa... se ha asegurado que en mi juventud habia sido yo un libertino... infiel á mi buena Susana, y que... que... en fin ella era víctima de su confianza en mí al aceptar en casa á la hija de una rival... Se me oprime el corazón al repetir semejantes cosas!

« — Oh! es verdad... á mí también me causa extraordinario efecto el oírlo!

« — Y sin embargo, te aseguro que nada de eso es cierto, mi pobre Teresa! No tengo necesidad de jurarte que nunca fui mas que tu amigo... tu protector, pues aquí tengo la prueba... la he guardado en el bolsillo que descansa sobre mi pecho, porque dicen que debajo se halla la conciencia, y quería sentir bajo mi mano esta prueba, esta carta, el día en que puedo por fin reparar... una desgracia... borrar un remordimiento que ha pesado durante quince años sobre mi vida! Ah! querida niña, vas á conocer por fin todo el secreto de la afección que te profeso!

« — Por amor del cielo, explícamos!

« Ven! dijo el mercero, conduciendo á la jóven á una pieza inmediata. — Dispensen ustedes un momento! — añadió, dirigiéndose á los convidados, quienes esperaban que se quitara la mesa para bailar, — tengo que hablar á mi pupila.

Cuando se hallaron solos, M. Dauvain sacó de su bolsillo una cubierta de grueso papel gris, y dijo con tono de penetración:

« — Vas á saberlo todo, Teresa; sabrás porque te he tenido en mi poder, te he educado y dotado... porque he querido que seas feliz!

« — Oh! veamos, — dijo la desposada llena de emoción. »

El mercero abrió el sobre, y sacó un papeletito amarillento, le desplegó con respetuosa precaución, y habiéndose limpiado en la manga de su frac su frente humedecida en el sudor provocado por la emoción, leyó estas líneas... que nos ha sido permitido copiar, con su tierna sencillez y naturalidad:

« Muy señormio: he ganado honradamente » mi vida vendiendo en mi humilde tienda » alfileres, cintas, hilo, y he sustentado á mi » niña que tiene tres años, como una pobre » viuda que eleva sus plegarias á Dios, y no » ha hecho daño á nadie. Usted vino á colocarse á dos pasos de mi tienda con su gran » surtido, y su concurrencia me ha matado; » no vendo ya ni cinco sous por día, no puedo » sostener á mi hija, voy á matarme, pues » soy muy desdichada y os envío la niña, » que se llama Teresa: su padre ha muerto al » pasar por una calle un día de motín sin haber hecho nada, y no le quedará ya mas asilio que usted que me ha arruinado, con la » concurrencia, y destruido mi vida también, » pues tengo mucha desesperación y voy á » ahogarme! Dios me perdone esta desesperación y os haga acoger á mi pobre hija. Teresa, te adoro, pero es preciso morir pues ya » no tenemos pan y debo mas de trescientos » francos al casero, quien me amenaza. Adios, » mi pobre Teresa! no tengo fuerzas para vivir, Dios me perdonará!

» JULIA, viuda de SARMENT, tu

» madre que va á morir, adios. »

La jóven desposada habia comprendido desde las primeras líneas, y sus lágrimas se unieron á las del excelente Dauvain, en un abrazo lleno de santo fervor y de emoción dolorosa y dulce á la vez. Qué comentarios inútiles podrían añadirse á esta sencilla y tierna historia? No es digno de toda simpatía este hombre honrado, culpable sin premitación del suicidio de una pobre viuda exaltada por la desgracia, y no hemos hecho bien en imprimir con todas sus letras — Dauvain — su nombre oscuro pero honroso?

~~~~~ El otro hecho es de un orden diferente; él pinta la fuerza del hábito en la gente del pueblo; un esfuerzo justo y laudable no ha podido domeñarle.

Hace seis meses muere en Paris un rico Americano que deja en su testamento una multitud de legados á varias personas de quienes se hallaba satisfecho desde hace veinte años que residía en Francia. Una de estas mandas fundaba cuatro mil francos de renta en favor de un excelente mozo, su criado desde 1840, cuyos servicios, fidelidad y adhesión habian merecido todo elogio. Este conserva á su anciano padre, empleado en un ferrocarril de la línea accidentada del Mediodía. Hacía mucho tiempo que aquel le enviaba todos los socorros que podía de sus economías. El excelente hombre era un ignorante lugareño, un inculto obrero de terraplenes, que no tenía mas que una necesidad, mas que una sola pasión: su pipa.

Dueño de esta pequeña fortuna, lo primero que hace Vicente es partir para ver á su anciano padre, arrancarle de su mezquino oficio y conducirlo á Paris para que participe de su bienestar. Encuentra con alguna dificultad al buen hombre, instalado en una triste comarca, á una hora de camino de toda habitación y encargado del alumbrado perpetuo de un largo túnel que penetra en una montaña. Hábasele destinado una especie de gruta húmeda en el centro de la ruta subterránea, y allí pasaba su vida, obligado á alimentar unas cien lámparas distribuidas en el largo tránsito, no teniendo ya idea del día ó de la noche, y no pudiendo calcular la marcha del tiempo sino por el paso de los convoyes...

Vicente sintió que se le comprimía el corazón de un modo horrible al ver la vida que llevaba allí su padre. Nunca podía el buen

hombre gozar dos horas de sueño á la vez, y su lecho de paja se hallaba colocado en la abertura misma de la gruta, de manera que, despertándole el estrepitoso paso de los trenes, podía ir á reanimar, á alimentar algunas de sus lámparas, lo que exigía dos horas de trabajo. Después de lo cual, se refugiaba en una de las garitas practicadas en la pared, pasaba otro tren... é iba aquel á acostarse otras dos horas. En seguida, despertado de nuevo, se dirigía á otra serie de lámparas, lo que duraba también dos horas... luego dormía... después alimentaba otras lámparas, y siempre, siempre lo mismo: tal era su vida, cuyo curso no contaba él ya, habiendo perdido toda apreciación del tiempo y olvidado el brillo de la luz celeste.

Cierta cantidad de pan ordinario, carne ahumada y sobre todo, algun tabaco, tales eran sus provisiones en el subterráneo. Cuando Vicente vió esto, lloró de emoción. Su padre no consintió sin embargo sino difícilmente en aceptar al sustituto enviado por la administración, de la cual habia obtenido el hijo una licencia para el alumbrador del túnel.

Conducele á Paris y le instala en un buen aposento de la pequeña habitación que ha alquilado en Ternes, para mayor economía.

« — Vamos, padre! — dijo al antiguo operario, — dormirá usted aquí, en donde encontrará siempre buena lumbré y luz, según la estación. Aquí tiene usted buenos vestidos. Comeré yo en frente, en aquella fonda que parece muy aseada. Irá usted allá si quiere. Si usted prefiere ir á otra parte, tendrá tres francos por día para alimentarse según su gusto. Hay algunos compatriotas que residen en la misma calle, irá usted á platicar con ellos; su pipa de usted no se apagará nunca! Ea, mi buen padre, sea usted feliz en la casita de su hijo! »

Al cabo de un mes de esta nueva vida, el anciano obrero cayó en cama, sufriendo sin poder decir en dónde, y llorando sin poder decir porqué. Habiéndole examinado con cuidado el médico, dijo que esta buena vida no convenia al anciano guarda del túnel; que tal vez se hallaria mejor en el Mediodía, en el país en que habia pasado su laboriosa y pobre existencia. El hijo se resistió á esto; el padre recobró la salud, pero incompletamente; tuvo una recaída... preciso fué ceder! Vicente partió tres meses después, é instaló á su padre, casi septuagenario, en un pueblo cercano de Avignon, hermoso país, buen aire, situado en medio de sus compatriotas!

« — Permanezca usted aquí, padre, pues que tal es su gusto! — le dijo, — tendrá usted cinco francos por día para vivir como un yankee! y le vendré á ver cuatro veces al año! »

Y hallándose combinado todo de este modo, Vicente se volvió á Paris á donde le llamaba cierta afección que le hacia soñar en el matrimonio...

Seis semanas después, recibió una carta del inspector de la línea de Saint-Onans. El anciano habia ido á suplicar á la administración que le devolviera su empleo de guarda alumbrador del túnel, con su pan, su tocino, su tabaco, sus quinqués, su subterráneo, su paja... y su vida sin sol, interrumpida cada hora por el paso aturdidor de los trenes!

Cómo explicar semejante resolución? semejante manía? Qué dirán de esto los fisiólogos y los frenólogos? Cómo comprender que aquel anciano de setenta años haya preferido esa atroz existencia de fatigas, de privaciones, de nefítica oscuridad... á la vida libre, saludable, en medio del sol, que su hijo le habia preparado?

No es la fuerza del hábito? Tenia este hombre sus ideas sanas?

Pero ante todo, tenia ideas?

~~~~~ Un miembro de la Academia de bellas artes reside el verano en una casa de campo á donde le conduce el ferrocarril del Havre, de



manera que durante siete u ocho meses del año, tiene que atravesar dos veces por día, de ida y vuelta, el *pasaje* que, desde la calle de Caumartin, desemboca casi frente el embarcadero.

El año anterior, veía nuestro artista, por mañana y tarde, al atravesar este pasaje, en la muestra de cierto baratillero, una pintura al óleo que representaba á un deplorable *Joseph* escapándose de los abrazos de una abominable *madama Putifar*. Jamás habían producido obra mas detestable la ignorancia del dibujo y las divagaciones del colorido, y era un suplicio para el académico capaz de hacerle saltar los ojos el inevitable aspecto bi-cuotidiano de este execrable cuadro que ocupaba tan gran parte de la muestra, y el esquivar el verle era para él un trabajo de premeditación ya muy desagradable, cuyo olvido no le evitaba la pena sino para causarle una verdadera sensación de hastío, cuando sus miradas se fijaban por descuido sobre aquel horror!

El otro día, ya puesto en movimiento para su ferro-carril por aquel pasaje, el artista, que desde los meses que median del invierno había olvidado el espantoso cuadro, se encuentra frente á frente con el *Joseph* y la *Putifar* que le habían causado el año anterior tanta revolución en el estómago. Dice para su colete que aquello no puede quedar así en el verano próximo, y entra resueltamente en la tienda del mercader:

«Cuánto vale esto? — dice, dirigiendo la estremidad de su baston hacia la execrable pintura.

«— Este cuadro, caballero? responde el mercader con aspecto amable, — quinientos francos.

«— Decís?

«— Quinientos francos. Es un Boucher!

«— Un Boucher! Usted si que lo es (*bouché* significa en francés negado)... á menos que quiera usted burlarse de mí!

«— De ninguna manera, caballero, y le aseguro á usted...

«— Qué? que este espantoso mamarracho...

«— Parece ser un excelente cuadro del famoso pintor Boucher... »

El mercader no tenía aspecto de idiota, ni parecía burlon; el académico creyó que debía pedir una explicación, pues no hallándose decidido á dar 500 francos por aquella mescolanza, veíase amenazado de verla dos veces por día durante el verano próximo.

«— Explíquese usted, — dijo. — Soy M. X... , ya comprende usted que soy juez en la materia.

«— Oh! ciertamente, caballero... he visto muchos cuadros de usted! Pues bien, hé aquí lo que hay. Murió, hace un año, en la miseria, en la casa de la calle de San Lázaro donde tengo mi alojamiento particular, una anciana soltera. Debía al morir unos cien francos al tendero de la esquina, y poco antes de morir le hizo subir á su bohardilla y le dijo:

«— No podré nunca pagarle á usted... y quién sabe si voy á irme muy lejos de aquí! Allí tiene usted, sobre la chimenea, un cuadro que proviene de M. Denon, que ha sido conservador del museo. Estoy segura de que es un cuadro que vale mucho dinero... á pesar de que lo he enseñado á algunas personas que me han dicho con tono de burla que no valía cuatro maravedises! Pero yo sé que M. Denon se lo había dado á mi tío, quien le ayudaba á preparar sus grabados, y que debe de ser una cosa buena! No estaba muy decente en otro tiempo; pero un día mi hermano, vidriero en Montmartre, y que entiendo también de pintura, dijo que era fácil arreglarlo. Y, de hecho, ya ve usted que ahora se le puede enseñar á todo el mundo! Se le doy á usted en pago de lo que le debo, deseando no dejar deudas despues de mi muerte! »

«El tendero no estaba muy contento de tener este cuadro en vez de sus cien francos! Pero como veía que nunca recobraría su dinero, decidióse á llevarse el objeto, y vino á referirme el asunto. Ví como usted un abominable mamarracho... y sin embargo, lo que había dicho aquella mujer, que era persona muy honrada, y que ha muerto despues, me daba mucho que pensar. Veía tambien que este marco, de madera esculpida, era demasiado hermoso para semejante lienzo! Por otra parte, vea usted, caballero, aquí en un ángulo estas marcas significativas... este número 87 que debe ser un número de orden... finalmente, este sello de lacre encarnado en el cual hay un escudo de armas...

«— Sí, el de Vivant-Denon, que fué diplomático antes de ser artista, y había nacido noble... hé ahí, en efecto, bajo el escudo, las diferentes órdenes de que se hallaba condecorado... evidentemente es su sello el que ha sido aplicado aquí!

«— Entonces, caballero, por temor de cometer una tontería, sin dejar de convenir en que es un cuadro atroz, he pedido siempre un precio que parece irracional, precisamente para provocar lo que sucede hoy, es decir, un exámen, un informe... pues hay seguramente algo en esto!

«— Sí... en efecto... podría haber algo en esto! — dijo á sí mismo el miembro del Instituto, examinando mas de cerca el cuadro que le habían colocado á buena luz, sobre una silla.

Y el sagaz artista, á quien no se le había escapado el incidente de haber borrado el cuadro á causa de lo inmoral del objeto corregido por el pintor-vidriero de Montmartre, se había puesto á mirar con atención de experto el fondo del cuadro, algunos accesorios... ciertos planos... y no había tardado en sospechar, casi en reconocer, que una obra muy diferente del atroz embadurnamiento que presentaba el cuadro había desaparecido bajo estúpidos retoques.

«— Vamos, — dijo al mercader, — es un albur que se debe correr, una especie de envite decisivo! Quiere usted 250 francos por el cuadro?

«— No señor! He dicho al tendero que no saldría de aquí á menos de 500 francos que debemos repartirnos... Insisto en este guarismo!»

El artista examinó de nuevo el cuadro con mucha atención, pasó el dedo sobre su superficie, como para sentir el espesor de la segunda *capa* dada por el pintor de brocha gorda, y luego dijo:

«— Pues bien, hágame usted el recibo que voy á dictarle...

«— Con mucho gusto... pero de 500 francos?

«— Vaya por los 500!»

El académico dictó un recibo que le ponía á cubierto de toda reclamación ante los tribunales, en el caso de que se hallasen fundadas sus sospechas. Pagó, hizo venir un coche y se llevó el *Joseph* y la *Putifar*!

Un mes despues, arrancados todos los abominables retoques por una mano hábil, el miembro de la Academia de Bellas Artes se halló frente á un magnífico lienzo de un metro cuadrado, auténticamente firmado por Boucher, obra de todo esplendor, de todo mérito, de gusto exquisito, cuyo *verdor* no era demasiado azul, cuyos desnudos no eran solamente color de rosa, sino casi color de carne, sin demasiado abuso de cinabrio en los claros-oscuros, composición ingeniosa y elegante, en fin, que era posible ostentar en un gabinete, si no en un salón! M. Francis Petit, el perito de reputación, llamado á ver el cuadro tan extraordinariamente descubierto, ú conquistado, declaró que podría venderle, en caso necesario, por 20,000 francos entre sus clientes rusos.

Debe explicarse ahora lo que había pasado? La anciana, á cuyas manos vino por casualidad el cuadro de su tío (quien le había recibido, según hemos dicho, del conservador Denon, en una época en que Boucher, Natoire y sus imitadores se hallaban desacreditados por la escuela académica y de antigüedades de David), la anciana, decimos, á la cual había chocado aquella *Putifar*, ataviada con la sencillez desnuda del Génesis, se dejó persuadir sin dificultad por su hermano de Montmartre de que era tan fácil arrojar un velo sobre la impúdica como un centavo á un ciego. Así que, por su completa ignorancia en las cosas de arte, había ella dejado obrar al pintor-vidriero, quien había pintoreado aquí y acullá algunas cépas con flamígeras tazas de ponche en las tabernas de la barrera, divirtiéndose mucho un día, con el pincel en la mano, en cubrir las tres cuartas partes del cuadro con los colores chillones y exasperados de su paleta de muestras! Había reducido los delicados cuerpos á las líneas que agradaban á su fantasía; había coloreado los ropajes del modo que lisonjeaba mas á su ojo de vidriero. Hecho esto, y no habiendo respetado en el cuadro si no algunos accesorios, había llevado triunfalmente la que el acababa de transformar en casta Egipcia á la anciana, quien no viendo ya mas que hermosos ropajes de azul celeste y escarlata, encontró por fin el cuadro digno de su bohardilla. Sabido es de qué modo fué á parar al pasaje del Havre. Fué preciso que un hombre nervioso, é irritado dos veces por día al ver aquel intolerable y chillon mamarracho, se hubiese decidido, en un momento de impaciencia, á entrar en la tienda del mercader, con el fin de hacerle desaparecer, para que esta obra maestra de Boucher, — pintor resucitado por la moda, — fuese devuelta á la luz que le habían velado las decentes profanaciones y púdicos empastes de un vidriero de Montmartre!

Monseñor Pellerin, vicario apostólico de la Cochinchina occidental, refería un domingo, en el púlpito de Nuestra Señora de las Victorias, un rasgo que prueba á qué grado de heroísmo puede elevar la fé el corazón de una madre. Este prelado se hallaba en la apartada comarca colocada bajo su autoridad pastoral. La cruel persecución que, de algunos años á esta parte, ensangrienta á aquel país, se cebaba con todo su furor. Una mujer de avanzada edad viene un día á arrojarle á los pies del misionero, dando desesperados gritos. Acababan de prender á su único hijo... y como éste declarase ser *cristiano*, iban á darle muerte! Este hijo, afección de toda su vida, era el único sostén de su vejez; la desesperación de esta mujer desgarraba el corazón. El misionero no encuentra palabras para calmar tal dolor! Procura sin embargo recordarle á María, que tuvo el heroico valor de acompañar á su divino hijo al Calvario!

De repente se levanta esta mujer fortificada. Unos furiosos vienen á buscar á su hijo.... Aquella marcha con ellos! Llegan al lugar del suplicio.... Arrodíllase la víctima.... el verdugo empuña la cuchilla para derribar una cabeza creyente... la madre no quiere que esta cabezaidolatrada, la de un mártir, ruede en el fango... Ella tiende un pliegue de su vestido y recibe piadosamente la ensangrentada reliquia que, en el horrible espasmo de la violenta muerte, parece sin embargo sonreír á Dios y á su madre! La pobre mujer se lleva su tesoro y va á caer, estenuada de dolor y sin fuerzas, á los pies del misionero aterrorizado y enternecido...

Esta narración, hecha por el mismo que la había inspirado, causó en el auditorio una impresión indecible.

JULES LECOMTE.



EL R. P. MINJARD.

El padre Minjard, cuyo retrato damos en este número, y que es hoy predicador cuaresmal de la Magdalena, se hallaba ya precedido en París de una reputación, que hace aun mas brillante el prestigio de su juventud. Apenas tendrá veintinueve años, y no parece sino que hace ya largo tiempo que ha penetrado en las oscuras regiones de la sabiduría. Así no ha tenido necesidad de conquistar uno á uno los individuos del auditorio numeroso y brillante que, varias veces por semana, se apiña bajo el púlpito. Los habitantes de las provincias que frecuentan á París, habían anunciado la venida del joven predicador, como uno de los mejores oradores de la cuaresma. Un joven dominicano tiene mayores ventajas que cualquiera otro, para suceder al padre Lacordaire; ha vivido en la intimidad del modelo, y por decirlo así, ha sorprendido en su fuente, en su punto de partida, el secreto de esa originalidad tan profunda, tan constante y tan rica que no se copia jamás á sí misma. Nótese en el gesto del padre Minjard algo de lo *fulgurante* é incisivo que tanto distingue al maestro, y que yo apellidaría de buena gana la alta esgrima de la elocuencia. Su voz no afecta ese canto armonioso, y á veces un poco lento, por el cual el padre Lacordaire da estension á sus débiles órganos; pero está dotada de una sonoridad metálica que parece ser el eco de



El R. P. Minjard, predicador cuaresmal en la iglesia de la Magdalena.

una dialéctica de hierro; porque el padre Minjard es ante todo dialéctico. Se advierte que ha pasado largas vigiliadas reclinado sobre la Suma del doctor angélico, génio divino, en efecto, que habia

presentido y resuelto todos los problemas de la religion y de la filosofía, á la doble luz de la fé y la razon. Si el talento del padre Minjard estuviese esento de lunares, perderia hartó temprano el privilegio feliz de enaltecerse. Además, debemos esperar siempre de un admirador la íntima esencia de la verdad. Nos parece que tiene demasiada confianza en su auditorio. Los grandes oradores, como los grandes caudillos, han inaugurado sus carreras con el valor del cobarde. No sienta mal cierta especie de timidez antes de penetrar en el corazon de una tésis. Se dice que Mirabeau solia salir de los apuros del momento empleando adverbios de una estension desmesurada, y aun hemos oido algunas veces balbucear al padre Lacordaire. El padre Minjard, al contrario, apenas sube al púlpito se arma con la seguridad de los *prácticos veteranos* de la elocuencia sagrada. Esto no es en sustancia mas que el defecto de una grande cualidad.

El padre Minjard es dialéctico sin ser árido; la trama del silogismo se muestra en sus discursos sin herir el buen gusto, bajo la ornamentación, algunas veces muy complicada, de una filosofía toda moderna. Como el padre Félix, establece siempre su tésis sobre la contradicción de un axioma racionalista, con la diferencia de que á lo que el orador de Nuestra Señora llama *revolucion*, él lo apellida « Sabiduría contemporánea. » Le hemos oido



Vista del Alcasabah (Alcazaba) que domina á Tetuan.



tratar de la necesidad de la oracion, con esa conviccion magistral que sólo inspiran los profundos estudios teológicos. El padre Lacordaire no abre la carrera evangélica á sus jóvenes discípulos, hasta que no están armados de la doctrina, y después que han hecho larga y frecuentemente las veladas de la iniciacion.

Un brillante porvenir se abre ante el padre Minjard, perdónesenos esta espresion que las personas piadosas pueden traducir por *una cosecha de almas* abundante. Si la florecencia no anuncia siempre abundancia de frutos, qué diremos del árbol cuando se presenta revestido de ellos en la primavera!

Plegue al cielo que podamos ver renacer en el campo de la propaganda cristiana la famosa rivalidad de dos órdenes célebres! La unidad de creencias no obsta á la diversidad de accion. Dios ha abierto mil caminos á su eterna verdad. *Alius quidem sic, alius vero sic*, dice San Pablo, revelando con esta palabra el secreto de todo progreso duradero y legítimamente consumado. En el campo de Dios, todos cosechan, pero ninguno espiga. Ni aun se encuentran en él labradores rehacios, puesto que en su dominio infinito jamás debe ponerse el sol.

JOSÉ DOUCET.

#### LA FORTALEZA DE LA AL-CASABAH.

La Al-Casabah (Alcazaba) domina toda la ciudad de Tetuan, y de todos los fuertes que la defienden es el que podía haber hecho mas daño al ejército sitiador.

Ademas de la fuerza real de su construccion y de sus cañones, su posicion ofrece la ventaja enorme de que, cualquiera que sea el punto de donde se dirijan á ella, no pueden ocultarse á la



Puerta de la Judería, en Tetuan. Cróquis del señor Yriarte.



ESPEDICION DE LA COCHINCHINA. — La Dorgoña, barca armada de guerra.

vista de los que la guarnecen. Del lado del mar se descubre la aduana, el fuerte Martyn y toda la llanura de Tetuan, hasta mucho mas allá del cabo Negro. Ceuta aparece como un montículo azulado que viene á enlazarse al continente por una estrecha lengua de tierra.

Si se mira hácia el lado de Tánger, se ve hasta la estremidad de esa admirable llanura donde se verificó la entrevista de Muley-Abbas y el duque de Tetuan. En fin, el solo lado que pudiera ser vulnerable tiene una fortificacion natural sobre una montaña inaccesible en la cual casi se apoya la fortaleza, y donde sólo por lujo colocaban bocas de fuego.

Como todos los trabajos antiguos de los Moros, el fuerte es de una arquitectura muy elegante, su torre, de lienzo en escuadra, termina armoniosamente la graciosa línea que forma esta ciudad blanca, acostada sobre un tapiz de verdura.

C. IRIARTE.



Mercado en medio de las dunas, en Turana, segun los cróquis de M. Co..., oficial de Marina.



## BARRIO DE LOS JUDÍOS.

La parte de Tetuan habitada por los Judíos no tiene mas que una sola entrada, y se compone de una calle principal, larga y estrecha como todas las calles morunas, y de un laberinto de callejuelas donde el sol no ha penetrado jamás. Cuando la ciudad estaba en poder de los Moros, los Judíos no tenían derecho de salir de su recinto, y vivían aislados, haciendo sus cambios y sus compras, sin participar en manera alguna de la vida del pueblo moro. En cuanto á estos, podían penetrar en el barrio de los Judíos y mezclarse con ellos; pero la reprobación de que hacen objeto á este pueblo, el grado de abatimiento á que le han condenado siempre, hace que las relaciones sean raras y mal vistas por parte del verdadero Moro, fanático y absoluto.

Cuando los Españoles entraron en Tetuan, el ejército se reconcentró en la plaza principal de la ciudad, donde está la entrada del barrio de los Judíos, y éstos, ignorando la generosidad y la tolerancia de los vencedores, vacilaban entre el sentimiento que los impelia á mezclarse entre los soldados españoles, y el temor de que le prohibieran la salida de su peculiar distrito. Hoy se esparcen por toda la ciudad, y orgullosos de ejercer esta nueva prerrogativa, se les encuentra, mas que en otras partes, en las plazas y en los bazares de los Moros.

C. YRIARTE.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Ria de Turana, 20 de enero de 1860.

Adjuntos van dos croquis, uno de los cuales representa el mercado annamita que se celebra todas las mañanas en medio de las dunas que circundan el fuerte del Este. No se necesita llevar allí dinero para proporcionarse aves y legumbres. Los rosarios de *sapecks* reemplazan á la moneda, y con este numerario religioso puede cada cual adquirir sus comestibles necesarios, evaluando cada rosario en un real y veinticinco centavos. La riqueza en este país se designa por miles de rosarios como en Francia por el número de francos que encierra la caja. Las transacciones se efectúan aquí por medio de las cuentas ensartadas con la misma facilidad que en los mercados centrales por medio de los reales y centavos.

Además de esta estraña circunstancia, el mercado annamita presenta cierta originalidad bajo el punto de vista de las costumbres indígenas. Las mujeres resguardan su rostro con un sombrero de paja grande y redondo, al paso que los hombres se cubren la cabeza con sombreros del mismo tejido, pero de forma de cono truncado. Algunos, para preservarse de la lluvia, ponen sobre su túnica una capa de paja que, colocada por encima de la cabeza cubierta con el puntiagudo sombrero, les da todo el aspecto de una colmena ambulante.

El segundo dibujo representa una lancha armada en guerra en el momento de hacer la gran guardia. Tripulada por diez y siete hombres con sus carabinas, lleva en su proa un obús de 0,16 ó cañon-obús de 30.

El gefe de guardia mira constantemente con un autoejo de larga vista para prevenir un caso de alerta.

Pronto hará diez y seis meses que vivimos en esta embarcación, al abrigo de un simple toldo, tienda que nos guarece, ya de los rayos de un sol abrasador, ya de las lluvias diluvianas.

El almirante continua en Saigon. Coloniza y crea una ciudad comercial á la que acuden numerosas embarcaciones á cargar arroz. Muchos

Annamitas se han establecido ya á la sombra del pabellon francés y español.

Se ha dado principio á las fortificaciones de circumbalación, y el pueblo se gobierna segun las costumbres europeas. Nuestros oficiales se transforman en alcaldes y jueces de paz y llenan muy bien sus funciones administrativas y judiciales.

No sé si formaré parte de la expedición de China. En caso afirmativo, continuaré remitiendo los dibujos curiosos de cuanto llame mi atención, narrando á la vez los sucesos y novedades que se ofrezcan á mi vista.

MAC VERNOLL.

## LA DIPUTACION SABOYANA RECIBIDA EN TULLERIAS POR SU MAJESTAD EL EMPERADOR.

El juéves 22 del corriente recibió el emperador, en el salon de Luis XIV, del palacio de las Tullerías, á una diputación de consejeros provinciales y municipales de las ciudades mas importantes de Saboya.

La emperatriz y el príncipe imperial asistieron á este acto.

El señor conde Greyffé de Bellecombe, presidente de la diputación, presentó á S. M. el mensaje de sus conciudadanos que, desde las orillas del lago Lemán hasta los valles del monte Cénis, solicitan que no se desmembre un país que ha sabido crearse una individualidad gloriosa, y que esperan formar pronto parte de la gran familia francesa.

El emperador dió gracias á los delegados saboyanos por los sentimientos expresados, á nombre de su país, por el señor Bellecombe, asegurándole que emplearía todos sus recursos para realizar sus esperanzas, y recomendándole que dijera á sus conciudadanos cuán grata le era la manifestación que acababa de recibir.

El señor presidente Greyffé de Bellecombe, despues de dirigir á la emperatriz y al príncipe imperial algunas palabras llenas de ardientes simpatías, entregó, en nombre de la diputación, varios mensajes autorizados por numerosas firmas.

MAXIMO VAUVERT.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 12 de marzo de 1860.

La tranquilidad de que gozábamos desde la batalla del 4 de febrero, ha sido turbada ayer, domingo, al salir de misa. El estado de armisticio, ocasionado por las negociaciones entabladas, y abandonadas casi al momento, ha cesado violentamente. Los Moros se han presentado en gran número, y la táctica que han adoptado y las fuerzas que han traído, hacen creer que habían resuelto dar un gran golpe y apoderarse de uno de nuestros campamentos.

Ya sabeis por una de mis cartas anteriores que la division Echagüe, que conocia mejor que las demás las posiciones del Serrallo y del bosque de Anghera, se habia quedado para guardarlas, mientras que marchaba el ejército sobre Tetuan. Despues de la toma de esta plaza, cuando se resolvió que marcháramos sobre Tánger, el general dió orden á este cuerpo de ejército de dejar las posiciones á otras tropas que llegaron, y que siguiera su marcha por tierra hasta Tetuan. El general Echagüe vino pues, á colocar su campamento á la entrada del camino de Tánger, como á un tiro de fusil del campamento del general Prim. Y este último punto que parecia aislado ha sido el que han atacado los Moros.

Aun no es tiempo de que pueda saberse la verdadera intención de los Marroquíes en esta jor-

nada: me concredare, pues, á mis propias conjeturas. El ataque comenzó por la izquierda, dirigido mi concepto por las Kabilas descendidas de las montañas que se elevan á la derecha de Tetuan mirando hácia el mar; pero tenían evidentemente connivencia con el ejército regular que estendiéndose en el fondo del valle de Osaja y apoyando su izquierda en las colinas, ha hecho un movimiento giratorio, empujando lo mas sério de la acción en el lado enteramente opuesto al del ataque, pero esta maniobra fué sorprendida. El general en gefe, previendo que este movimiento se estenderia mucho, hizo que los tiradores treparan á las montañas desplegándolos en todas sus crestas. La línea de fuego se hizo muy extensa, y las guerrillas de la derecha se hallaban seguramente á una legua de distancia del punto donde se habia empeñado la acción, y un rio de márgenes escarpadas queda frecuentemente vueltas en la llanura, hacia difícil todos los movimientos.

Los Moros, fieles á su táctica, se habian abrigado en la orilla opuesta detrás de un parapeto natural, y pasando el rio cuando podían verificarlo impunemente, venían á hacer disparos y á inquietar las fuerzas concentradas al otro lado. En un momento favorable, se juzgó oportuno hacer que cargase una sección de la caballería de la Albuera, y los Moros, emboscados detrás del parapeto, la recibieron con una descarga espantosa. Este puñado de valientes, que se habian adelantado, tal vez en demasía, en un terreno tan descubierta, tuvo que retirarse precipitadamente. En su retirada, el gefe del escuadrón cayó de su caballo, siendo cojido por el enemigo, y aun no se sabe si está vivo en su poder, ó si cayó muerto de algun balazo. El capitán fué herido gravemente.

La acción del 11 ha sido totalmente múltiple, y sus ataques de tal naturaleza que era imposible verlo todo. Una colina impedía ver una carga á la bayoneta que se daba en el fondo de un valle, interin que la caballería cargaba detrás de una espesura de árboles á media legua del otro punto; pero os referiré los hechos que mas han llamado mi atención.

En primer lugar, el acierto de la artillería, que al ver un crecido número de Moros, que venían por el camino de Tánger á reunirse con los combatientes, buscó los puntos mas á propósito para el caso, y los puso en derrota, envolviéndolos literalmente en un círculo de granadas. Despues, una carga á la bayoneta, dada casi de noche á la estremidad de una colina, por un batallón de infantería que se habia empeñado demasiado persiguiendo á los fugitivos.

En fin el ardimiento de dos batallones del segundo cuerpo de ejército que subió y descendió sucesivamente cuatro alturas, rechazando un crecido número de Moros que habian comenzado á huir desde que oyeron el toque de ataque. El general en gefe, viendo la hora avanzada, envió un ayudante de campo para hacerlos retirar.

A las nueve y media de la noche volvió el cuartel general que habia salido á las dos y media de la tarde. La retirada se verificó con el mayor orden, pues que además era bastante tarde para que los Moros osaran impedir esta operación al ejército.

Si el campo enemigo está situado en Fondack, como se cree generalmente, el ejército marroquí ha debido bivaquear en las montañas esperando el día, porque los caminos son impracticables de noche, hasta para los caballos mas habituados á este terreno.

El resultado de la jornada de ayer no se ha hecho esperar; hoy mismo han vuelto á presentarse al general en gefe los enviados de que os hablé hace tiempo, con un despacho de Muley-Abbas. Han traído un mensaje de paz ó de guerra? Se dice en



el campo que el ejército marroquí, esperando el ataque de los Rifeños, ha querido tomar parte en la acción, á pesar de su general en jefe, y que los refuerzos que han empeñado la lid á la derecha sobre las alturas eran de la guardia del emperador.

Muley-Abbas no habia, pues, tomado parte en el combate, y por consiguiente las hostilidades no han sido rotas sino accidentalmente. Esto parece singular, y yo creo que los Moros han jugado ayer el todo por el todo, y que viéndose otra vez rechazados enérgicamente, han venido á empezar de nuevo las negociaciones, tratando de poner término á una guerra que puede concluir por arrancar á la corona del emperador uno de sus mas bellos florones.

En tanto que yo acompañaba hasta la playa al representante de la diplomacia que llevaba consigo las últimas esperanzas de paz, los emisarios de Muley-Abbas entraban en Tetuan con otra nueva esperanza. Ojalá pueda esta realizarse!

Hoy no es permitido dudar del valor del ejército español. Y cuando un pueblo viene tres veces seguidas á implorar su clemencia, es honroso para su vencedor tenderle la mano y levantarle.

13 de marzo, de 1860.

Os envío el dibujo de un episodio del combate que describí en mi carta de ayer, el cual es un verdadero tipo. A escepcion del terreno en que se dieron las acciones del 23, del 31 y del 4, veréis en él con poca diferencia los horribles terrenos en que el ejército español se bate hace cuatro meses. Es preciso toda la costumbre de los hijos de las montañas, para perseguir al enemigo hasta los parapetos que le son familiares. Los gefes que fueron á caballo hasta sus gargantas han tenido que dejarlos, porque el camino era muy peligroso para ir montado, y á la cabeza de sus tropas han aventado á los Moros de vericúeto en vericúeto. El dibujo que damos es el del terreno en que los sorprendió la noche cortando la retirada al enemigo. El general en jefe, que habia seguido á una brigada internándose bastante en las montañas, hizo encender grandes hogueras que indicaban el camino á las fuerzas que efectuaban la retirada.

C. IRIARTE.

#### RECUERDOS DE UN VIAJE EN EL DAGUESTAN.

M. Moynet, que ha hecho con M. A. Dumas un viaje al Cáucaso, nos ha dado algunos croquis de esta comarca. Las impresiones de viaje que acompañan á estos dibujos son tan interesantes, que tenemos una verdadera satisfacción en ofrecer, de cuando en cuando, á nuestros lectores, algunos extractos de ellas.

Salimos de Kasafourte en direccion del Daguestan, y á cada momento encontrábamos hombres armados, cuya actitud indicaba la desconfianza, inspirándonos su aspecto el mismo sentimiento. Todo habia cambiado en derredor nuestro; á la jornada tranquila y monotonía, habia sucedido la variada vista de la montaña. El país era magnífico, y la caza tan abundante, que era preciso toda la autoridad del gefe de nuestra escolta, para impedir que nos lanzáramos en persecución de un ciervo ú de una bandada de avutardas. Mas en esta encantadora comarca, donde las formalidades de una licencia para el uso de armas son inútiles, y donde abunda la caza de toda especie, hay un inconveniente para ocuparse de ella. El Tártaro se suele emboscar para sorprender al imprudente que se distrae, con el fin de meterle una bala en la cabeza, ó hacerle prisionero, hasta que paga por su rescate una suma proporcionada á su rango, só pena de ser

vendido si no la satisface. Era pues indispensable, á pesar nuestro, renunciar á la caza, contentándonos con tirar alguna perdiz ú otro volátil, que hallábamos al paso.

Hice la curiosa observación de que, cada vez que mataba un pájaro al vuelo, mis cosacos me pedían la escopeta, examinándola uno despues de otro con grande admiración, y haciendo los honores, no á mi destreza, sino al arma, á la cual atribuían ellos una construcción particular; pues aquellas jentes nunca disparan sino á objeto fijo.

El tiempo habia cambiado tambien, la temperatura bajaba sensiblemente, pues nos hallábamos ya sobre unos vericúetos muy elevados; pero estábamos lejos de prever lo que nos iba á pasar: teníamos próxima una tempestad. Un cierzo espantoso descendió de la montaña, cambiándonos la decoración. Los árboles y el terreno, animados por la frescura del otoño, se hallaban cubiertos por una niebla de nieve que venia de todos lados, sin que pudiéramos saber si caía del cielo ú era impedida por el viento. A. Dumas dormia en medio de la tempestad (íbamos en coche descubierto) sin apercibirse de que habíamos pasado súbitamente del otoño al invierno; la lluvia vino tambien, colocándonos en el caos mas completo, donde no distinguíamos nada. Fué preciso pararnos, y esto despertó á mi compañero de viaje.

— Volvemos á Rusia? me dijo, sacudiendo la nieve que le cubria.

— No volvemos á ninguna parte; es imposible dar un paso.

— Pues entonces bajemos.

— Bien.

— Dónde nos hallamos?

Nadie lo sabia.

— No podemos permanecer aquí; marchemos.

Esta orden se dió de una manera bastante imperativa, mas diez minutos despues, nos hallábamos atascados al pié de una montaña, con una gran cantidad de búfalos y de carros en la misma situación.

Se engancharon dos, cuatro, hasta seis búfalos á nuestro carruaje, y nada adelantamos; fué preciso enviar por caballos á Choura, de donde no distábamos sino unas cuatro verstas.

Mientras esperábamos este refuerzo, haciendo todo lo que se hace en semejantes casos para calentarse, hubo un momento de calma, en el que pudimos contemplar un magnífico espectáculo; tal era la vista de un valle dotado de toda la rica vegetación del Cáucaso, y en la vertiente de una de las montañas, un acúl (pueblo) tártaro, y sobre el primer plano una inmensa roca de triple altura que cualquiera de nuestras catedrales, y en la cresta de esta roca una habitación señorial almenada y flanqueada de torres que indicaban la morada de Kan-Teham-Kao, príncipe de la comarca.

Todo esto volvia á su color primitivo, porque la nieve se derretia tan pronto como tocaba en la tierra, y el sol enviaba sus rayos como en los mas bellos dias. Estábamos helados, y apenas pude trazar algunas líneas; pero volví al día siguiente á hacer mi croquis. Ojalá que este dibujo os dé una idea de tan bello cuadro.

MOYNET.

#### RECEPCION DEL SR. RICASOLI POR S. M. EL REY VÍCTOR MANUEL.

El baron Ricasoli, gobernador de la Toscana, ha llegado el 22 á Turin para presentar á S. M. Víctor Manuel el resultado de los votos recojidos en Florencia por el consejo de Estado.

El resultado del escrutinio ha confirmado el voto emitido ya el 12 de agosto de 1859 por el parlamento toscano, que en aquella época proclamó por unanimidad la anexión al Piamonte.

El baron Ricasoli, despues de dirigir algunas palabras al pueblo desde el balcon, fué conducido en un coche real al palacio, donde S. M. el Rey le ha recibido sentado en el trono. El príncipe de Carignan, los caballeros de la orden suprema de la Anunciada, los ministros y todos los grandes cuerpos del Estado rodeaban á S. M.

El gobernador de la Toscana puso en manos de S. M. el proceso verbal de las operaciones del voto, del cual resultaba que 336,561 votantes habian opinado por la anexión, y 14,995 habian votado por la formación de un *Estado independiente*.

Víctor Manuel, en su respuesta al discurso del baron Ricasoli, le ha manifestado que S. M. irá á Florencia para el 15 del próximo mes, terminando el acto por decorar con el collar de la orden de la Anunciada al gobernador de Toscana cuyas funciones habian concluido.

MAC VERNOLL.

#### LA LADRONA DE NIÑOS.

Cuento.

I.

En 1817, veíase vagar cada dia, en las calles del barrio de Hesse-Darmstadt en Maguncia, una mujer alta, enjuta, de hundidas mejillas y ojos espantosos; hubiérasela tomado por la imájen de la locura. — Esta desgraciada, llamada Cristina Evig, antigua colchonera, que vivia en la callejuela del Pequeño-Postigo, detrás de la catedral de San Martin, habia perdido la razón á consecuencia de un horrible suceso.

Al atravesar una noche la tortuosa calle de las Tres-Canoas, conduciendo á su hija por la mano, y advirtiéndole de repente que acababa de soltar á la niña hacia un segundo apenas, y que ya no oía el ruido de sus pasos, la pobre mujer habia vuelto la cabeza gritando:

— Deubsche... Deubsche... en dónde estás?

Nadie habia respondido, y la larga calle, hasta donde alcanzaban sus miradas, se hallaba desierta.

Entonces, corriendo, gritando, llamando, habia vuelto hasta el puente; habia sumergido sus miradas en la oscura agua que se desliza bajo las canoas... Sus gritos y sus lamentos habian hecho acudir á los vecinos... La pobre madre les habia explicado sus angustias. Habíanse unido á ella para volver á comenzar nuevas pesquisas... pero nada... nada... ni una huella, ni el mas ligero indicio habian bastado á aclarar este horroroso misterio.

Cristina Evig no habia vuelto á poner los pies en su casa desde aquel instante: noche y dia erraba por la ciudad, gritando con voz cada vez mas débil y lastimera:

— Deubsche!... Deubsche!...

Inspiraba lástima por do quier; las buenas gentes la albergaban, dándole de comer, ya el uno, ya el otro, — la vestían con sus harapos... Y la policía, en vista de una simpatía tan general, habia creído que no debia intervenir, y meter á Cristina en una casa de corrección, segun se practicaba en aquella época.

Se la dejaba pues en libertad quejarse sin hacer caso de ella.

Pero lo que daba á la desgracia de Cristina un carácter verdaderamente siniestro, es que la desaparición de su hija habia sido como una señal de muchos sucesos del mismo género: unos diez niños habian desaparecido despues de un modo sorprendente, inesplicable, y varios niños pertenecían á la alta clase.

Estos raptos se verificaban por lo comun al caer la noche, cuando los transeúntes son raros, y cada cual se retira á su casa á toda prisa despues de haber concluido sus negocios: — Si un niño aturdido dejaba el umbral de su puerta...





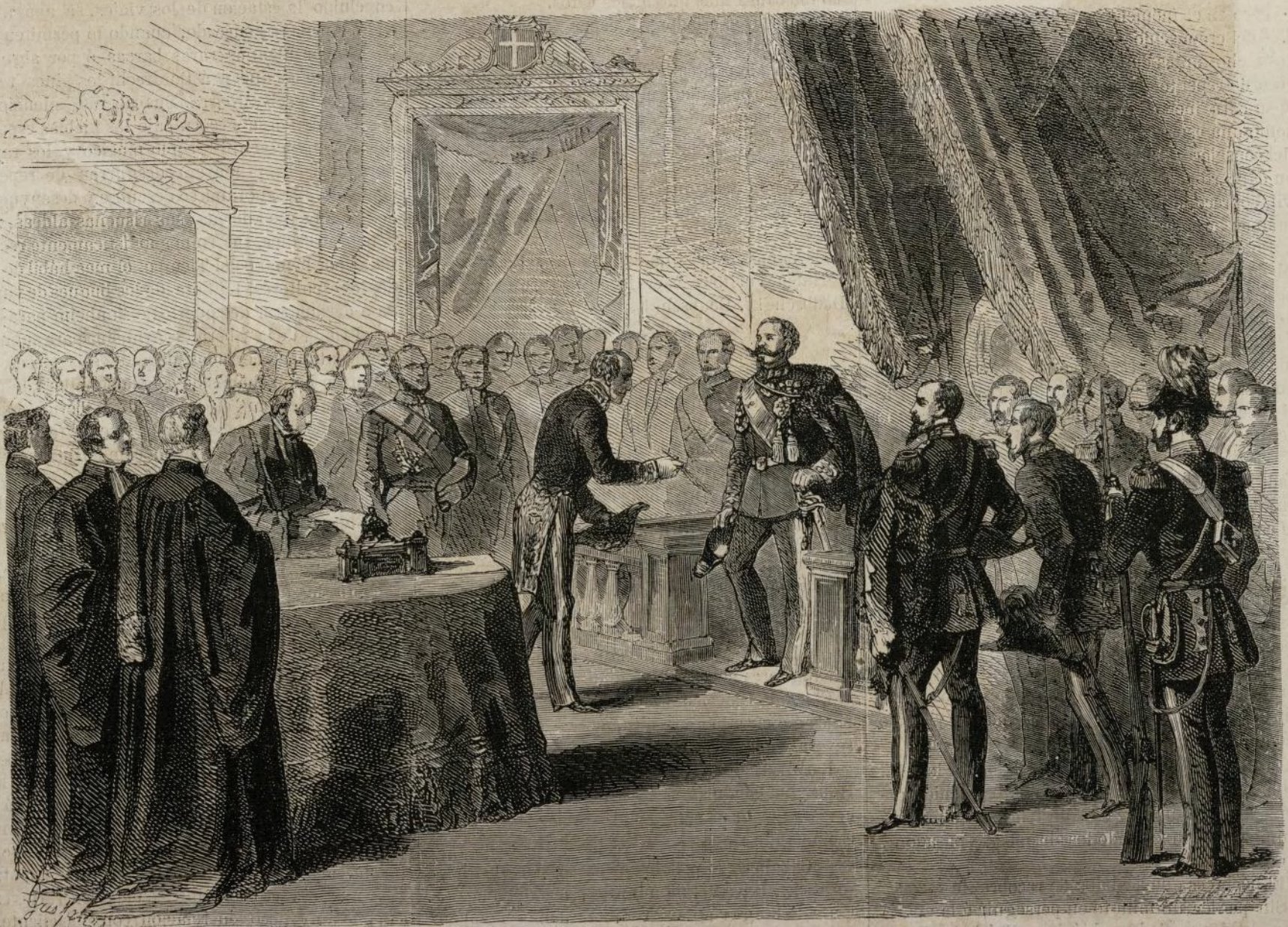
GUERRA DE MARRUECOS. — Último episodio de la acción del 11 de marzo. Carga á la bayoneta en las montañas de Osaja.  
Croquis de nuestro corresponsal el señor Iriarte.

Ayuntamiento de Madrid





Vista de Abul y de la residencia de Kan-Teham-Kao, cerca de Choura (Daguestan).



El señor Ricasoli, gobernador de la Toscana, presentando al rey del Piamonte el resultado de las votaciones.  
Diseño facilitado por M. Ferri, profesor en la escuela de bellas artes de Turin.



su madre le gritaba: — Karl!... Ludwig!... Lotelé!... absolutamente como la pobre Cristina... Ninguna respuesta!... — Acudian, llamaban, buscaban en las cercanías...

No había remedio!

Decir las investigaciones de la policía, los arrestos provisionales, las pesquisas... el terror de las familias, es negocio imposible.

Ver morir á un hijo... es cosa terrible sin duda... pero perderle sin saber qué ha venido á ser de él... Pensar que nunca se sabrá... Que este pobre ser tan débil, tan apacible, al cual se estrechaba sobre el corazón con tanto amor, sufre tal vez... que os llama y no podeis socorrerle... Hé aquí lo que no puede alcanzar la imaginación... lo que ninguna palabra humana podría espresar.

Ahora bien, una noche de octubre del mismo año 1817, Cristina Evig, después de haber vagado por las calles, había ido á sentarse sobre el borde de la fuente del Obispado, con sus largos cabellos grises en desorden... sus ojos errantes al rededor de ella como en medio de un triste sueño.

El cielo estaba pardo, nebuloso; una lluvia estremadamente fina oscurecía el aire y helaba hasta la médula de los huesos.

Las mozas de las cercanías, en vez de entretenerse en conversar como tenían costumbre de hacerlo al rededor de la fuente, se daban prisa á llenar sus cántaros y volverse á casa de sus amos.

La pobre loca solamente permanecía allí, inmóvil bajo la lluvia glacial tamizada al través de las nieblas del Rhin. Y las altas casas circunvecinas, con sus agudas techumbres, sus ventanas cubiertas de enrejados, sus innumerables ventanillas, se envolvían lentamente en tinieblas.

El reloj de la capilla del Obispado daba en el aquel instante las siete, Cristina no se movía y clamaba tiritando:

— Deutsche!... Deutsche!...

Pero en el momento en que los pálidos destellos del crepúsculo se concentraron en la cima de los techos antes de desaparecer... estremecióse la loca de repente de piés á cabeza, estiró el cuello, y su cara inerte, impasible hacia ya tres años, tomó una espresion de inteligencia, que la criada del consejero Trumf, que alargaba precisamente su cántaro para recojer el agua, se quedó inmóvil, sobrecojida de estupor, para observar el ademán de la pobre madre.

En el mismo instante, en el otro extremo de la plaza, pasaba por la acera una mujer, con la cabeza baja, teniendo entre sus brazos, en un saco de lienzo, un objeto que parecía forcejear...

Aquella mujer, vista al través de la lluvia, tenía un aspecto aterrador; corría como una ladrona que acaba de ejecutar un raptor, arrastrando tras sí en el fango sus enlodados harapos y parecía ocultarse en la sombra.

Cristina Evig había estendido su mano descarnada, y sus labios se agitaban balbuceando extrañas palabras; pero de repente un grito penetrante se escapó de su pecho:

— Ella es!

Y, dando un salto al través de la plaza, en menos de un minuto llegó á la esquina de la calle de los Hierros-Viejos, en donde acababa de desaparecer la mujer.

Pero allí se detuvo Cristina jadeante; la extranjera se había perdido en aquellos tenebrosos parajes, y no se oía en lontananza mas que el ruido monótono del agua que caía de los canelones.

Qué acababa de pasar en el alma de la loca?... Se había acordado de algo?... Había tenido alguna vision... uno de esos destellos del alma que alumbran un segundo los abismos del pasado?... Lo ignora.

El hecho es que acababa de recobrar la razón.

Sin perder un minuto en perseguir á la aparición, la desgraciada subió la calle de las Tres-

Canoas como arrastrada por un vértigo, volvió la esquina de la plaza de Gutenberg, y lanzóse al vestibulo del preboste Kasper Schwartz gritando con voz chillona:

— Señor preboste, se ha descubierto á los ladrones de niños... Ah! pronto... escuchad... escuchad!...

El señor preboste acababa de terminar su colación de la noche... Era éste un hombre de gravedad... metódico, amigo de digerir bien después de haber cenado con calma... Así que, la vista de aquel fantasma le impresionó vivamente, y, colocando sobre la mesa su taza de té que llevaba en aquel instante á sus labios:

— Dios mío! exclamó, no tendré pues un minuto de tranquilidad en el día!... Es posible que haya un hombre mas desdichado que yo?... Qué me quiere esta loca ahora?... Porqué se la ha dejado penetrar hasta aquí?

Al oír estas palabras, Cristina, recobrando su calma, respondió con ademán suplicante:

— Ah! señor preboste, preguntais si existe un ser mas desgraciado que vos... Miradme... miradme á mí!...

Y su voz fué ahogada por los sollozos... sus descarnados dedos apartaban los largos cabellos de su pálido rostro... Estaba espantosa.

— Loca!... Sí, Dios mío, lo he estado... El señor había querido ocultarme mi desgracia, por compasión... pero ya no estoy loca... Oh! lo que he visto... Aquella mujer llevándose á un niño... pues era un niño... estoy segura de ello...

— Pues bien! Id con mil diablos, con vuestra mujer y vuestro niño... Id al diablo! exclamó el preboste... — Véase cómo arrastra la insensata sus harapos en el entarimado... Hans!... Hans!... Vendrás ó no á poner esta mujer en la calle? — Que el diablo cargue con el empleo de preboste!... no me causa mas que malos ratos.

Apareció el criado, y Kasper Schwartz, señalando á Cristina:

— Échala á la calle, dijo. Decididamente es necesario hacer mañana una petición en forma para desembarazar á la ciudad de esta insensata... Tenemos casas de locos, gracias al cielo!

Entonces la loca se echó á reír de un modo lúgubre, mientras que el criado, lleno de compasión, la tomaba por el brazo diciéndola con dulzura:

— Vamos... Cristina... vamos... salid...

Había vuelto á caer loca y murmuraba: — Deutsche!... Deutsche!...

## II.

Mientras pasaba esto en casa del preboste Kasper Schwartz, un coche bajaba por la calle del Arsenal; el centinela que se hallaba delante del parque de las balas, reconociendo el carruaje del conde Diderich, coronel del regimiento imperial de Hilburighausen, echó armas al hombro; un saludo le respondió del interior.

El coche, lanzado á todo escape, parecía que iba á dar la vuelta por la puerta de Alemania, pero tomó la calle del Hombre-de-Hierro y se detuvo delante de la casa del preboste.

El coronel, con uniforme de gala, se apeó, levantó los ojos y se quedó estupefacto, pues las risas lúgubres de la loca se oían hasta fuera.

El conde Diderich era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, alto, moreno, de fisonomía severa y enérgica.

Entró precipitadamente en el vestibulo, vió á Hans que conducía á Cristina Evig, y, sin hacerse anunciar, penetró en el comedor de Schwartz exclamando:

— Caballero, la policía de vuestro barrio es horrorosa!... Hace veinte minutos, me detenía delante de la iglesia de San Martín, en el momento en que tocaban las Oraciones... Al salir de mi co-

che, viendo á la condesa de Hilburighausen que bajaba la gradería... me aparté para darla asiento y advertí que nuestro hijo... niño de tres años, que se hallaba sentado á mi lado... había desaparecido... La portezuela que daba al obispado estaba abierta... habían aprovechado el momento en que desdoblaba yo el estribo para llevarse al niño!... Todos los pasos dados por mi jente han sido inútiles... Estoy desesperado... caballero... desesperado!...

La agitación del coronel era extrema... sus ojos negros brillaban como un relámpago, al través de dos grandes lágrimas que él procuraba retener... Su mano acariciaba la guarnición de su espada.

El preboste parecía aterrado; su naturaleza apática sufría á la idea de levantarse y pasar la noche dando órdenes, de trasladarse él mismo al sitio de la escena... á la idea, en fin, de comenzar por la centésima vez unas investigaciones que habían sido siempre infructuosas.

Habría querido aplazar el negocio para el día siguiente.

— Caballero, repuso el coronel, tened entendido que me vengaré... Respondeis de mi hijo con vuestra cabeza... Á vos toca cuidar de la seguridad pública... Faltais á vuestros deberes... esto es indigno! Necesito un enemigo, lo oís...

Oh! sepa yo al menos quién me asesina!

(Se continuará.)

## EL POSADERO DEL RHIN.

Es un espectáculo hechicero el ver despertar al Rhin en los primeros días de mayo. Durante el invierno, el río está triste y silencioso. Luego que sus ribazos se hallan vendimiados, cuando ha concluido la estación de los viajes, se apaga su vida. Apenas es surcado, cuando lo permiten los hielos, por algunas raras barcas ó por algunas balsas que conducen á Dordrecht los pinos rezagados de la selva Negra. Sus riberas, silenciosas y desiertas, desaparecen bajo las nieblas espesas que las envuelven. El soplo mágico y los rayos dorados de la primavera desgarran de repente este velo. El panorama se descubre y desenvuelve sus pintorescos adornos, sus risueñas aldeas, sus góticos castillos, sus ruinas artísticamente recordadas por la mano del Tiempo, el mas hábil de todos los escultores. La flota de los buques de vapor va á desamarrar del puerto de Manheim para bajar el río, y de la ribera de Arnheim para subirlo. Las ventanas, cerradas durante seis meses, se abren en las fachadas de esta doble hilera de posadas que cercan el río desde Biberich hasta Drachenfels. Todo se reanima y se agita; el movimiento, el ruido, la alegría comienzan la fiesta que se prolongará hasta noviembre.

El primer viajero que reaparece en las orillas del Rhin, es el posadero, de vuelta de las peregrinaciones á las cuales ha consagrado las vacaciones del invierno. La estación de los negocios le trae, y recobra las funciones que él ejerce de un modo particular. El posadero del Rhin es un tipo que no se halla en ningún otro país, una variedad de la especie tal como se la encuentra en las otras partes de la Confederación germánica. En Alemania, el posadero disfruta de alta consideración, inherente á su estado. Va de par con el rico banquero, el notario, el magistrado, todos los personajes distinguidos de la clase media y todos los funcionarios del orden civil. No es raro verle á él mismo ejercer juntamente con su profesión el empleo de burgomaestre. Convencido de su importancia, mas grande allí que en cualquiera otra parte, el posadero del Rhin se deja ver rara vez; se pone muy poco en relación con sus clientes; sea por dignidad, sea por política, evita mostrarse



en público. Una multitud de viajeros, conducidos por un buque de vapor ó por un convoy de ferrocarril, viene á invadir su casa: el posadero, tranquilamente sentado á su puerta, no se mueve mas que si aquellos hubieran ido á la casa de su vecino. Permanece sumergido en una aparente indiferencia y en una inmovilidad real. Nunca sale á recibir á los que llegan ni ejerce otras muchas atribuciones, que le competen, segun cree el vulgo, este orgulloso soberano, que reina y no gobierna.

Su principal dependiente es quien verifica la recepcion de los viajeros. Este principal dependiente, — es su primer ministro, — jóven listo, vivo, ágil, bien peinado, de frac negro, corbata blanca, aspecto agradable, lengua dorada, que habla francés é inglés tan bien como el alemán, lleno de finura y de elocuencia, hábil para contentar á todo el mundo, que sabe resolver el problema de alojar á mucha jente en poco alojamiento, que encuentra lugar cuando ya no lo hay, y que logra siempre calmar á los descontentos, persuadir á los rebeldes y colocarlos en el estrecho é incómodo aposento que á primera vista los habia hecho sublevarse. — La administracion entera se halla en manos de este intendente, quien hace manobrar bajo sus órdenes á un ejército de empleados y de criados.

Por la noche, á la hora de la cena, todos los viajeros que residen en la posada se reunen en el vasto comedor que es siempre la pieza principal y el salon de honor de la casa. Una de las estremidades de la mesa se halla reservada á los vecinos de la ciudad. Es una costumbre de las mas caras al ciudadano alemán, esta de venir por la noche á la posada á beber su botella de vino fumando su pipa. No le hableis de teatro, ni de concierto, ni de una partida de naipes, ni de quedarse en casa en dulce compañía de su digna esposa. El alemán no conoce ni estos placeres, ni estos goces, ó mas, bien, — lo que es peor, — conociéndolos, les prefiere el vino de la posada y la conversacion de algunos compañeros que entablan cada noche las mismas pláticas. El posadero va á instalarse al mismo extremo de la mesa de los vecinos; tiene su lugar señalado en este grupo. Un mozo le trae, como á los otros, su vaso y su botella; no hay necesidad de llamar á este criado ni de darle una orden; sabe lo que se debe servir á cada cual. El Alemán es un hombre de hábitos, bebe todas las noches el mismo vino y cena los mismos manjares. En todas las cosas tiene la pasion de la uniformidad.

Al ver al posadero en su grupo, ningun extraño sospecharia que es el dueño de la casa. No parece prestar atencion á lo que pasa en el comedor. Que un viajero francés hable recio, se queje, eche pestes, vitupere ó se burle, — tal es el carácter del Francés que viaja, siempre de prisa, y encontrando siempre que le sirven mal, — el posadero no se conmueve. Ningun incidente puede hacerle salir de su incógnito, ni llamar su atencion, ni sacudir su flema. Pero no se puede creer toda la astucia que se encierra bajo aquella cubierta apática, y cuánta sagacidad, observacion, cálculo rápido y seguro, contiene aquella abultada cabeza. Sin parecerlo, tiene fijo su ojo y su oído en todo; nada se escapa á su vigilante distraccion.

Una vez concluida la estacion, arregla sus cuentas. Ha ganado sesenta ú ochenta mil florines, que emplea ventajosamente comprando buenas propiedades raices. Despues cierra su posada. No vale la pena de tenerla abierta, durante la mala estacion, para algunos viajeros de casualidad, algunos negociantes que van de Francfort á Colonia ó de Spire á Dusseldorf. Deja esta ganancia á las posadas de segundo orden. Hétele ya libre por seis meses: los empleará en recorrer

el mundo. El posadero es amigo de viajar; el *turismo* es una enfermedad que se le ha pegado por reconocimiento ú por el contacto con sus clientes.

Nada le retiene en su casa convertida en vasta soledad. Generalmente el posadero es célibe. Poco importa que sea casado. Su señora no hace ningun papel en el establecimiento. Qué viajero ha visto á la mujer de un posadero del Rhin? Ella no se cuida de mostrarse en público; tiene por costumbre huir el cuerpo, al contrario de la esposa francesa, ansiosa de dejarse ver y de ejercer un empleo que la permita siempre desplegar sus gracias y sus talentos. Si tiene hijos, el posadero se inquieta poco por ellos, hallándose seguro de dotarlos ricamente y de procurarles un hermoso porvenir. El posadero es demasiado celoso del poder absoluto para asociarse nunca un hijo suyo. Si este hijo tiene la ambicion de poner una posada, lo establecerá en otra ciudad.

El posadero deja pues el Rhin y se pone á viajar en el mes de noviembre. Parte solo. Irá á visitar á sus parientes al fondo de la Alemania, ó bien va á ver á Paris ó á Londres, para satisfacer su curiosidad y para notar con orgullo que el arte de hospedar bien entendido, bien administrado, no existe mas que en los estados Germánicos. Generalmente tiene pocas simpatías á la Italia y á sus museos llenos de obras maestras. Los grabados de acuá-tinta que adornan los aposentos de su posada y las pinturas al fresco, llenas de flores, de su gran comedor, son para él la mas alta expresion del arte.

En algunas ciudades de aguas termales de los paises alemanes, los posaderos permanecen en sus casas durante el invierno y se arruinan en copiar á los grandes señores á los cuales han hospedado durante el verano. Como todos sus camaradas, el posadero del Rhin es muy ávido de aristocracia. Los títulos le deslumbran. Inspiranle el mas profundo respeto un conde ó un marqués, — respeto que llega hasta prestarles dinero, — lo que es el colmo del fanatismo en un negociante alemán.

Se ha visto á uno de estos posaderos, quien habiendo hospedado á un noble que, despues de haber hecho una estancia demasiado larga y confortable no podia pagar su cuenta, se acercó presentándole respetuosamente á este noble y mal parroquiano su vaso con mano trémula, le dijo con emocion:

— Quiere hacerme el honor, el señor conde, de brindar conmigo?

— Con mucho gusto, querido.

— Estamos en paz, estamos saldos, señor conde!

Lleno de miramientos por los viajeros aristocráticos, el posadero les presenta cuentas muy moderadas. Desquítase con los viajeros vulgares, á quienes desuella diciendo:

— Porqué viajan esas jentes? es una pretension que deben pagar.

Él tiene derecho á viajar, y se cuida de discutir el precio de las cuentas que le presentan en su camino.

Vuelto á su hogar, en la primavera, el posadero recomienza su vida del año anterior. Nada se cambia en el establecimiento, á no ser un ligero aumento en los precios de los cuartos, de la comida y de la cena: — es preciso seguir el movimiento rentístico de la época. Los buques de vapor repletos de pasajeros se detienen delante de la puerta de la posada. La mesa se guarnece de huéspedes. La estremidad reservada á los vecinos se reconstituye. El posadero ha recobrado en ella su lugar y su vaso.

Continúa del mismo modo esta existencia hasta su mas avanzada vejez, hasta su muerte. Qué quereis que haga? No tiene la mas bella profesion posible? Beneficiós enormes, alta consideracion, una soberanía que por nada se turba, ninguna fatiga, ninguna zozobra y una libertad completa

durante la mitad del año. No podría menos que decaer en el retiro; no podría vivir de sus rentas; pereceria de humillacion y de fastidio con el oficio de simple millonario ú de apacible habitante de un castillo. Así que se guarda muy bien de tan funesto capricho. Permanece y muere posadero.

EUGENIO GUINOT.

#### EL TABACO.

Si tuviera el honor de ser individuo de la Sociedad de aclimatacion, querria tener siempre á la vista, para estimular mi zelo de investigador, una de esas plantas de tallo pubescente y ramoso, de grandes hojas oblongas y lanceoladas, cuyas flores de un rojo purpúreo se reunen en racimos.

La yerba de la reina, como se la llamaba en tiempo de Catalina de Médicis, la importacion vegetal de Juan Nicot, me impediria el dormir. Como nuestro antiguo embajador en Portugal, tendria á honor el dotar á mi pais de una planta vengada hoy por el uso general de la calumnia y, arrojando la probable ingratitud de mis conciudadanos, desearia quitar á las contribuciones sobre los artículos de primera necesidad unos cien millones que lo supérfluo pagaria sin murmurar.

Trataríase, en mi concepto, de encontrar un vegetal que, como el tabaco, importado en Francia en 1560, permitiese al Estado, al cabo de doscientos treinta y seis años de cultivo, disminuir los enormes derechos de entrada que gravitan sobre los objetos de primera necesidad. Encontraríase una compensacion monopolizando la venta de mi nueva *soleana*, ó de otra planta de cualquiera otra familia.

Esperando que la Sociedad de aclimatacion, ó bien un simple horticultor, descubra esta panacea del presupuesto, vamos á estudiar el cultivo del tabaco, de esta planta que, con ayuda de la temperatura, recompensa tan ampliamente, en el espacio de cuatro meses, los esmerados é inteligentes cuidados del agricultor.

Ojalá que este rápido estudio despierte la perspicaz emulacion de algun investigador feliz!

El tabaco empieza á nacer bajo una campana.

Para proporcionarse los mil seiscientos ó mil ochocientos piés de tabaco necesarios para un plantel de una hectárea de estension, se siembra por capas, en la segunda quincena de marzo, de ciento cincuenta á doscientos gramos de semilla por medio de un pequeño cedazo. Deben preferirse siempre los granos de la última cosecha. Se los esparce por capas sin cubrirlos con tierra, pero es necesario tener cuidado de regarlos inmediatamente, y cada dos ó tres dias en seguida.

El plantel brota al cabo de ocho dias, y para que no sea ahogado por las plantas parásitas, se escarda muchas veces. A fines de mayo, cuando el pié ha llegado á la altura de diez centímetros y se halla provisto de cuatro ú cinco hojas, se procede á trasplantarle despues de haber regado previamente, á fin de que las raices débiles no sean arrancadas.

Los terrenos compuestos de arcilla y de arena, fértiles y desmenuzables al mismo tiempo, son los que debe preferir el agricultor para hacer sus plantíos, despues de haber ejecutado tres labranzas tan profundas cuanto sea posible, y haber movido el suelo de un modo completo.

El tabaco es ávido de abonos, así que se le pueden distribuir las estercoladuras mas ricas, y aun en crecida dosis. El estiércol de carnero en el Mediodía, y en el Norte las deyecciones animales son empleados con éxito y con preferencia al estiércol comun, decortijos, etc., del cual absorberia una hectárea setecientos quintales métricos.



Se trasplantan los pies de tabaco en un tiempo dispuesto á la lluvia, si es posible, dándoles el espacio de sesenta centímetros de unos á otros y dejando entre cada dos surcos plantados otros dos vacíos.

Ocho dias despues, el plantío ha pegado, y cuando al cabo de cinco semanas la planta ha llegado á una altura de setenta centímetros y se encuentra provista, en todo su tallo, de unas quince hojas, se descabeza el tallo, antes de la florecencia, encima de la décima hoja. Esta operacion, llamada el *pellizco*, tiene por efecto concentrar la sávia en las hojas que se quieren conservar, y llenarlas de jugo nutritivo, de manera que se las haga adquirir las mayores proporcio-



Campo de tabaco.

nes. Es inútil añadir que el pellizco debe ser operado con toda nueva yema que pareciese desarrollar la planta. Las hojas inferiores, que las mas veces se hallan en mal estado por la cercanía del suelo, deben ser arrancadas con esmero.

A fines de agosto, cuando se ponen amarillas las hojas y cuando el olfato aperece el olor acre particular á la planta, se debe comenzar por cojer las inferiores, proceder en seguida á cortar las intermedias y cosechar en fin las que ocupan la parte superior del tallo.

Estas tres categorías de hojas forman tres calidades de tabaco, de las cuales la mas estimada es la de las hojas superiores.



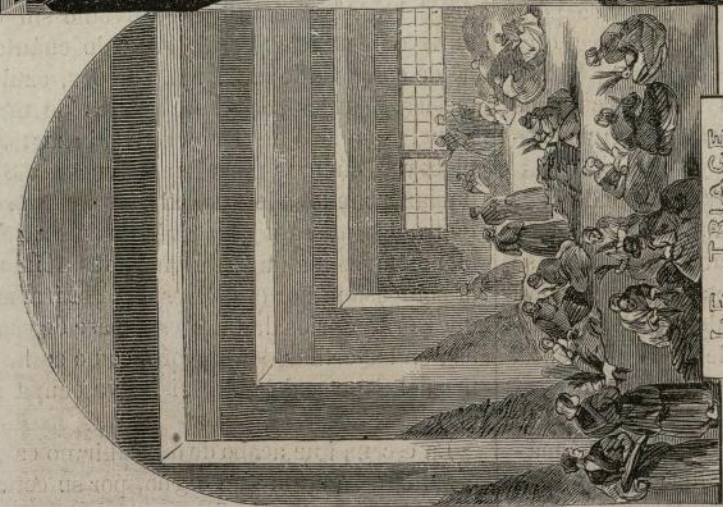
Cosecha del tabaco.



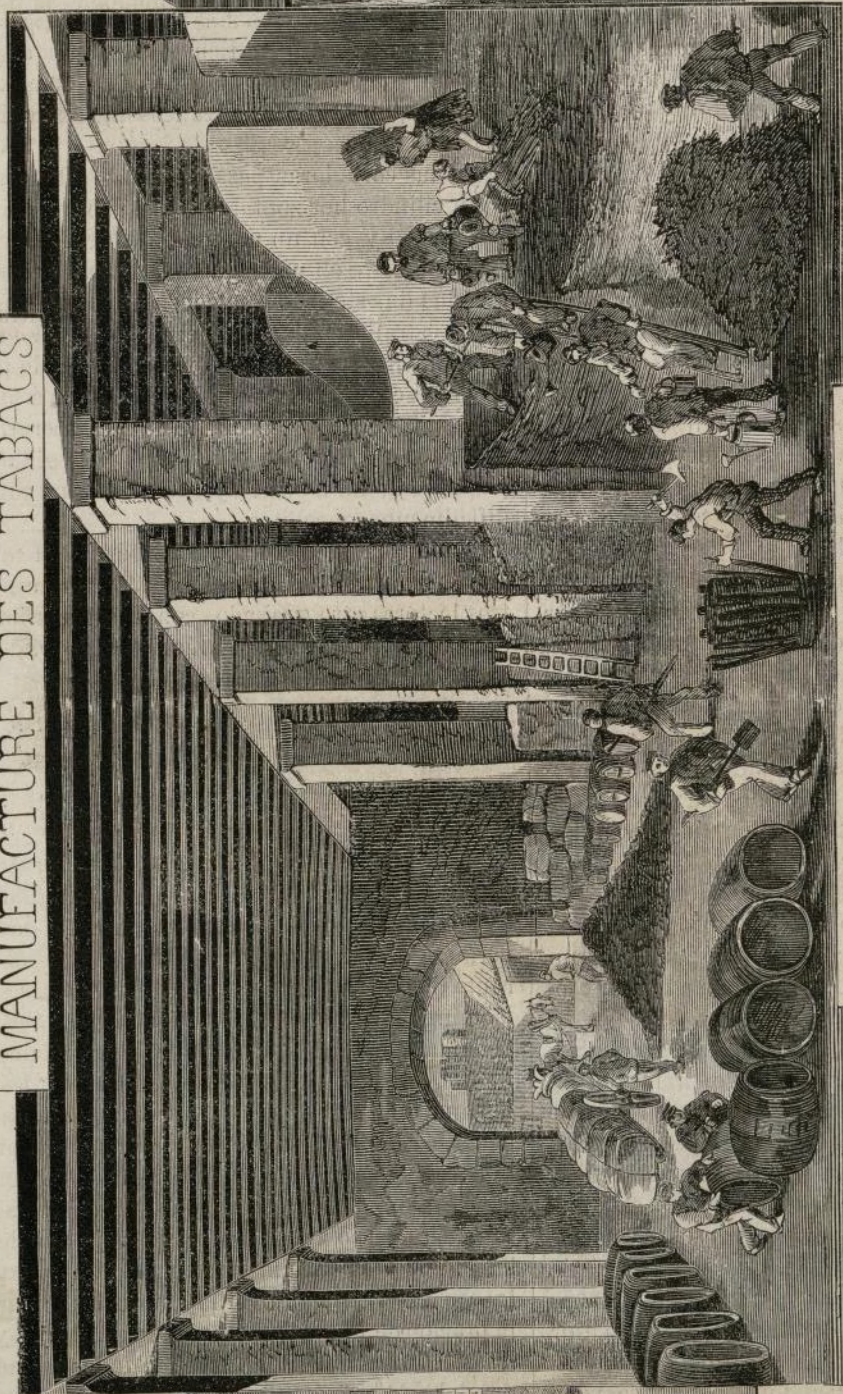
Granja de explotacion.



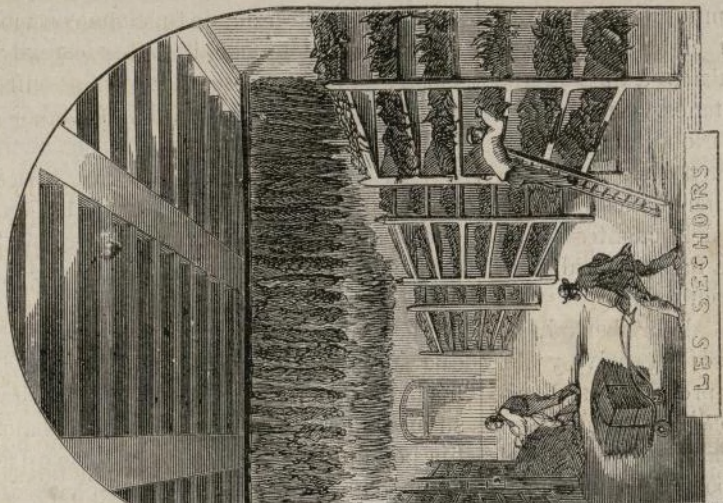
MANUFACTURE DES TABACS



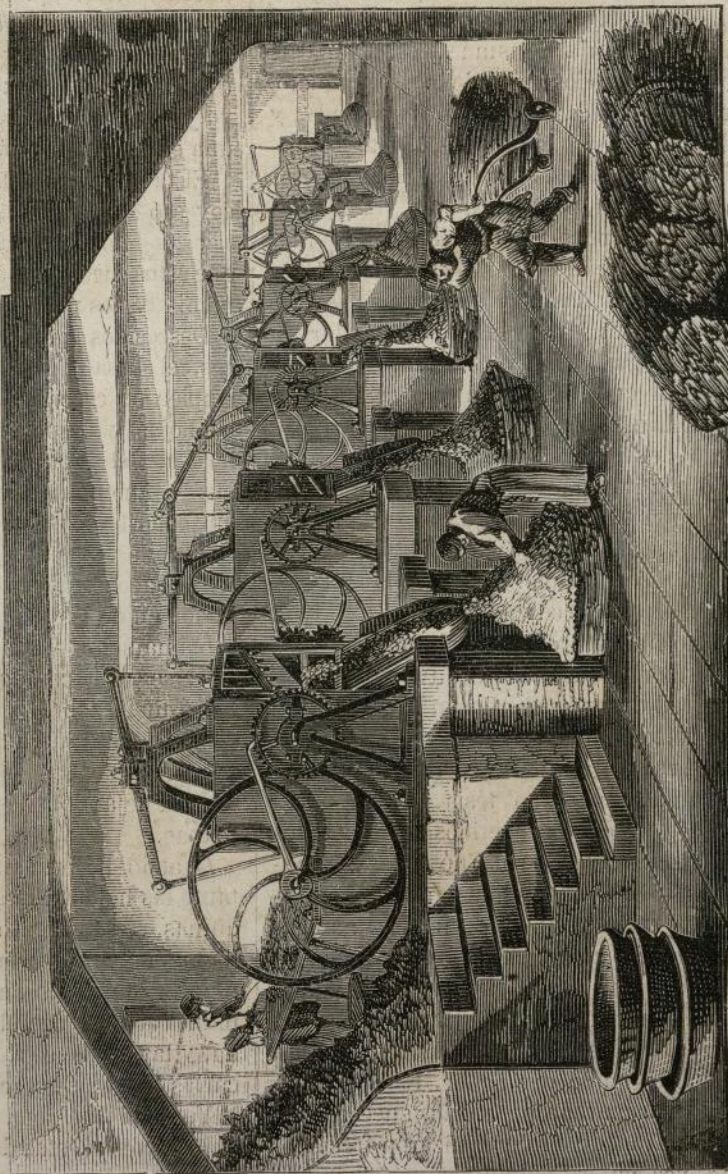
LE TRIAGE



DEBALLAGE ET ARROSAGE

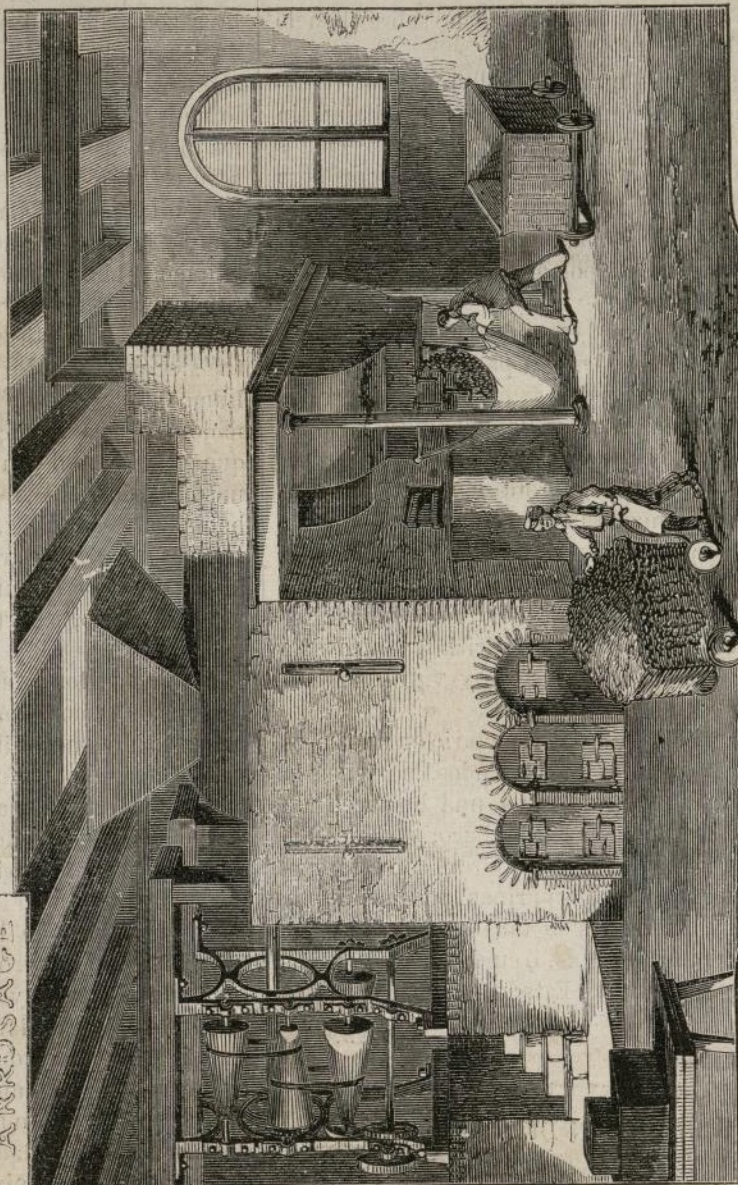


LES SECNOIRS



LES HACHEUSES

BOURDELIN



LE TORREFACTEUR





Después de la cosecha, se arrancan y se entierran, por medio de una labranza inmediata, los tallos cuya mas larga estancia sobre el suelo agotaría la tierra sin provecho.

Además de sus numerosos detractores, el tabaco tiene dos enemigos íntimos que trabajan sin cesar en su destrucción, enemigos de los cuales es necesario garantizarle á toda costa. El primero es el gusano blanco, el cual devora sus raíces, el otro es el *orobanco ramoso* que se ata á los piés del tabaco y que acaba por ahogarlos, si no se los desembaraça de él.

Las hojas de tabaco, escojidas segun su calidad, son llevadas al secadero en paquetes de á doce; se marchitan y *despiden su agua*. Para hacerlas secar completamente, se las cuelga al aire en hilos tirantes, ó colócaselas en claraboyas hechas con varas de madera ligera y colocadas unas sobre otras, de manera que pueda establecerse la libre circulación del aire.

Una vez secas, las hojas son empacadas y entregadas al comercio, me engaño, quise decir al Estado, quien sólo puede adquirirlas, quien sólo aumenta ó restringe, arregla y vigila su cultivo.

Si no obstante, aunque propietario en uno de los nueve departamentos privilegiados, no teneis la ambición de hacer producir á una hectárea de 2,000 á 2,500 kilogramos de tabaco, y si deseais simplemente adornar vuestro jardín con esta hermosa planta de flores purpúreas, podeis cultivar hasta diez y nueve piés de tabaco, ya lo oís, diez y nueve, pero ni uno mas, ó cuidado con la administración de rentas del Estado!

A. ARNAUD.

#### FABRICACION DEL TABACO.

Las primeras lecciones sobre la manera de emplear el tabaco nos han sido dadas por los habitantes del Nuevo-Mundo; mas no tardaron los discípulos en sobrepujar á sus maestros. Grande ha sido la variedad de modos de emplear este producto. Mucho se han perfeccionado sus propiedades y modificado su uso. Sin examinar si éste se halla justificado por la razón, fuerza es reconocer su poderoso atractivo, puesto que ha vencido los obstáculos que le oponían la distancia, las preocupaciones, la diversidad de costumbres y hasta la religión. A mediados del siglo diez y seis fué cuando M. J. Nicot, á la sazón embajador de Francia en Portugal, envió á Catalina de Médicis esta planta, á la cual tomó afición y acreditó en Francia aquella elevada señora.

El reinado del tabaco en polvo precedió al del tabaco en pipa; pero no tardaron ambos usos de esta planta en rivalizar en voga. No obstante, la tabaquera conservó su imperio en las altas regiones en que dió principio. La moda fué debilitándose poco á poco, cediendo á la razón. Esta alternativa no fué favorable al tabaco: encontró enemigos desde el momento que tuvo que soportar la severidad del examen. Los médicos se pronunciaron fuertemente contra el uso de este placer: el célebre Fagon, para cortar el progreso del contagio, sostuvo una tesis pública en la cual espuso y probó con repetidos ejemplos los perniciosos efectos del tabaco. Fué un juez extremadamente severo de esta planta, mas como durante toda la sesión tuviera en la mano una caja de rapé, el público no pudo contener su sonrisa y la autoridad de sus raciocinios cayó por tierra.

En Italia, el papa Urbano VIII lanzó los rayos de la Iglesia sobre los que osaban hacer consumo de tabaco en el templo del Señor. Esta bula de excomunión fué renovada por varios sucesores de Urbano. Los curas de Francia alzaron frecuentemente la voz en el púlpito contra sus felices

greses que turbaban el oficio de la misa con el ruido que hacían al pulverizar el tabaco: á la sazón, los aldeanos y muchos habitantes de las ciudades llevaban en el bolsillo un instrumento para triturar el tabaco á medida que lo necesitaban. Los mahometanos, que son hoy los primeros fumadores del globo, fueron mas severos todavía con el crimen de fumar. Varios sultanes condenaron á muerte á los fumadores. En la Rusia asiática, los delincuentes tenían que temer la amputación de la nariz, considerada sin duda como el órgano mas culpable.

Aun en Suiza, tierra clásica de la libertad, no fué siempre posible hacer uso del polvo y del humo de tabaco: tuvo leyes prohibitivas. El senado de Berna publicó, en 1661, un decálogo en que el crimen de fumar estaba vedado por el mismo Dios. El rey Jacobo I de Inglaterra habia ya dado á luz, en 1603, un escrito en que trataba con rigor extremo á los partidarios del tabaco por «esa costumbre fea á la vista, repugnante al olfato, peligrosa al cerebro y nociva al pecho.»

A pesar de los esfuerzos de esta liga de la medicina, de la política y de la religión, el tabaco conserva hoy su dominio pacíficamente en los mismos lugares de que fué proscrito con tanto rigor. No se ha puesto coto aun á la discusión relativa á las propiedades medicinales del tabaco, ni sobre la influencia que ejerce en los órganos que reciben su acción; pero la pasión no toma ya parte en las opiniones de los médicos en estas cuestiones difíciles de resolver. Las observaciones, los hechos consignados y puestos á examen cuidadosamente, deben guiarnos tarde ó temprano á la exactitud y á la verdad.

Para visitar la manufactura del tabaco, conviene seguir cierta marcha que no deja la menor duda sobre la utilidad de todas las manipulaciones que recibe la hoja de tabaco desde que sale del fardo hasta que se consume. El trabajo de la manufactura comprende el método de tratar el tabaco en general, y se subdivide después en cuatro partes distintas: el picado, el cigarro, el polvo y el tabaco para mascar. Examinemos una á una estas distintas fabricaciones.

El tabaco llega á la manufactura en pacas, bocoyes ó barricas. Como todos los productos exóticos, se empaquen en madera, tela ó junco, segun que estos medios de embalaje ofrecen mayor economía en los países productores.

Descosidos los fardos y desfondadas las barricas, el tabaco queda en extremo prensado. Se emplea un crecido número de mujeres en separar las hojas y desplegarlas con la mano. Al desfardarlas, el tabaco esparce en los almacenes un olor acre y nauseabundo que soportan con dificultad los curiosos poco acostumbrados. En seguida, se traslada el tabaco de los almacenes á las salas de humectación: se estiende en capas de veinte centímetros de espesor próximamente en unos cajones grandes y cuadrados; se rocía con agua salada la capa y se pone la segunda sobre la primera, se humedece otra vez y se continúa del mismo modo hasta que el número de capas superpuestas llena el cubo de tabaco, dejándole después fermentar algunas semanas.

Cuando la fermentación ha reblandecido bastante las hojas para soportar la acción de las máquinas, se separan los tallos, cuya operación se llama en francés *triage*. Las vetas se aprovechan para la confección del tabaco de fumar muy común, conocido con el nombre de tabaco de cantina, y las hojas se depositan en estufas para secarlas tendidas sobre cañizos.

Ya seco el tabaco, pasa á las cortadoras ó máquinas compuestas de cilindros que giran en contacto unos con otros y reciben y atraen el tabaco

que les presenta un operario. Las hojas, laminadas por los cilindros, vienen á aplicarse en masa en una corredera donde funciona con movimiento vertical un ancho cuchillo. Este coje al sesgo la masa de tabaco presentada por los cilindros y la corta con perfecta uniformidad. La hoja del cuchillo se mueve por medio de un balancín que recibe su acción de un manubrio. Los Africanos cortan el tabaco absolutamente del mismo modo; ellos son quizás los inventores de esta máquina perfeccionada después por los Franceses. Su aparato consiste en un cilindro hueco en el cual meten las hojas. El operario, cuya rodilla izquierda que sustituye á los cilindros, empuja el tabaco hacia la hoja de un cuchillo con mango que con su mano derecha mueve de arriba á bajo, estando fija por una choquezula una de las extremidades del instrumento. Así cortan ese exquisito tabaco que llaman *tike* mucho mas fino y de mejor aroma que el nuestro. En tiempo de la conquista de Argelia, los soldados pagaban á 1 fr. 60 el kilog. en Argel, en lugar de 8 francos que exige hoy el Estado.

De las cortadoras pasa el tabaco al *tostador*, gran cilindro horizontal que gira sobre sí mismo, por el cual y con un movimiento regular el tabaco adquiere en un hogar una temperatura calculada; de este modo se consigue volatilizar los gases extraños. Al salir del tostador, el tabaco enteramente seco se halla en disposición de poder servir al consumo. Llévasele en seguida á los talleres de empaque en donde hábiles operarios le pesan, le prensan, le envuelven y le sellan en paquetes de un modelo fijo, todo con una rapidez difícilmente concebible.

Tal es en resumen la fabricación del tabaco para fumar. Mas adelante facilitaremos á nuestros lectores otro grabado, con la conclusión de este artículo en que trataremos del rapé, del tabaco para mascar y de los cigarros.

EMILIO BOURDELIN.

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

La capital del Oriente, la ciudad de Constantinoy de Mahomet II, acaba de ser testigo de un espectáculo tan terrible como nuevo. Un cadalso permaneció levantado en la plaza de Intissab durante todo el día 11 de chevan de 1276 de la egira (domingo 4 de marzo). En este cadalso estaba suspendida por el pescuezo una mujer vestida con su *feredjé*, cubierto el rostro con un *yamak*: las botas amarillas de sus piés revelaban que la ajusticiada pertenecía á la secta de Mahoma. Al pié de la horca yacía el cadáver mutilado de un hombre, cuyo traje indicaba ser Albanés. La cabeza separada del cuerpo estaba colocada bajo uno de sus brazos. Desde por la mañana hasta la hora en que los *muezins* anuncian en lo alto de los minaretes la oración de la tarde, la multitud con trajes y colores extraños que representaban todas las naciones del antiguo continente, invadió sin cesar el lugar del suplicio; pero sobre todo, cuántos *feredjés* de color verde manzana, rosados, azules, carmesíes, cuántos botines amarillos de marroquí! Aquel día quedó desierto el gran bazar: *cadines* y plebeyas, cuantas musulmanas encierra Stambul, habían abandonado sus galerías favoritas por el teatro de Intissab. Al través de sus *yamacks* de blanca muselina lanzaban miradas animadas por la compasión, por el interés ó por la ira, mas bien que por la curiosidad. En esta clase de espectáculos, en las orillas del Bósforo, como en las márgenes del Sena y del Támesis, Eva ocupa siempre el primer lugar.

La escena que acabo de describir no es mas que el epílogo de un drama digno, por su concepción, de nuestros eminentes dramaturgos.



Si alguno de estos se dignase apadrinarlo en obsequio de nuestros grandes empresarios, les daría tela cortada para cinco actos por lo menos con su correspondiente prólogo y epílogo.

**PRÓLOGO.** — La escena pasa en Tesalia, — estalla la guerra entre Mahmud y Mehemet-Alí. Vacila el Oriente: la Grecia se agita. La Puerta-Otomana reclama para defenderla robustos brazos. Coloca al valiente Ibrahim como un centinela avanzado en la antigua Larisa, patria de Aquiles. Ibrahim es un brillante guerrero, cuya reciente fama rivaliza con el esplendor de los nombres más ilustres y antiguos. Terrible con sus adversarios, es dulce con sus amigos y servidores. Sus Albaneses le adoran. Hadji-Hussein, entre ellos, casi un niño, es su favorito, lleva sus armas y le tiene el estribo: á pesar de su juventud, Hadji-Hussein toma parte en las confidencias de su señor: por eso sabe que Ibrahim siente en su pecho la saeta del amor. Al volver de una expedición, la comitiva del bajá se cruzó en una de las puertas de Larisa con una mujer acompañada de dos esclavos.

Con intención, por acaso ó por torpeza, la joven deja levantarse un pliegue del velo que celaba sus facciones. Nunca el rostro de una mortal brilló con igual hermosura: Ibrahim creyó ver animada y viva una de las diosas de mármol que los *glaours* esculpen con pasión, una de esas divinidades que tal vez había visto en sus ensueños juveniles cuando se consagraba al estudio en Viena y París. Sus ojos negros, de tupidas y largas pestañas, las líneas puras de su frente, la nariz fina y apenas curva, la boca graciosa orlada de púrpura, la cintura flexible y suelta, son indicios de la aventajada mezcla de la sangre turca y griega. Adidjié, — tal era el nombre de la aparición, — pertenecía á la nación mosaita, y á una de esas familias musulmanas que en otro tiempo residieron en Morea y que en la época de la emancipación griega, vinieron á establecerse en Tesalia y en Epiro. Cuanto — en la balada, — el anciano Omer, bajá de Negroponto, ponía á los pies de Lázzara, otro tanto hubiera dado Ibrahim por ser dueño de Adidjié. Pero Adidjié no es venal y si rehusa sus dones, Ibrahim podría morir de amor; felizmente el joven albanés está á su lado para reparar el daño: sabe despertar en su pecho la esperanza: hace mas, toma á su cargo llevar á la hermosa Adidjié esos mensajes de flores que en Oriente son todavía el expresivo lenguaje de un amor naciente. Adidjié no hacía ascós; antes bien « arde en el mismo fuego que había encendido. » Sin embargo, puso una condición á su rendimiento voluntario: la de que, en su vida, ninguna mujer había de gozar los derechos de esposa. Ibrahim lo jura por todos los versículos del Corán y concluye el enlace.

Hé aquí, en mi concepto, tela bastante para un lindo prólogo.

**ACTO PRIMERO.** — Constantinopla. — Interior de un harem. — Han transcurrido veinte años. Adidjié es madre de seis hijos. Todavía conserva su belleza; pero el dolor ha surcado ya sus mejillas y marchitado su rostro. Ibrahim, violando su juramento, la dió indignas rivales aun en el seno del harem: dos esclavas jóvenes, la una judía y georgiana la otra, se reparten sin celos los favores del bajá, uniéndose para cubrir de humillación á la madre de familia. Ibrahim lo vé con indolencia: también Hadji-Hussein, joven Arnauta, está sin crédito, habiendo sido maltratado y espulsado del serrallo.

Adidjié soportó hasta la fecha en silencio las injurias de sus compañeras; pero ultrajada como mujer y como madre, se alza indignada y vuelve desprecio por desprecio, ultraje por ultraje. Interviene Ibrahim, en un estado de embriaguez, habitual en él desde algun tiempo: os-

tigado por las quejas simuladas de sus dos favoritas, arrójase en su furia sobre Adidjié, la hiere cruelmente y la tiende sin conocimiento á los pies de las que la insultaban y la insultan todavía.

**ACTO SEGUNDO.** — Un cuarto pobre, una estera, algunos cojines. — Hadji-Hussein fuma su *chibouck*, entregándose á sus ensueños. Abren la puerta, aparece una mujer envuelta en un *federdjé* pardo de tela burda. Aparta su *yamack*. Es Adidjié.

Había salido so pretexto de hacer algunas compras. Un mercader, fiel amigo suyo, la facilita el cambio de traje para penetrar hasta la habitación de Hussein sin ser conocida. Cuéntale el trato y ultrajes que la dan: implora su cooperación para unir sus dos venganzas matando á Ibrahim. Hussein la oye indeciso. Adidjié saca de su dedo una sortija de oro de 25,000 piastras. « Toma, le dice, si sales victorioso, no se quedará aquí mi agradecimiento: Fatma, mi hija, hermosa como yo á los veinticinco años, mi hija será tuya. »

Los ojos del Albanés lanzaron rayos.

— Con qué medios cuentas?

— Mañana, después de la comida, Ibrahim estará ébrio y se quedará dormido: tu papeles sólo herir.

— Y cómo entraré en el palacio?

— Espérame á la puerta, yo saldré á buscarte.

— Y... después?

— Después, te fugarás por la puerta principal gritando que los Tátares, introduciéndose en el *conac*, acaban de asesinar al bajá: todos te darán crédito. Con que, hasta mañana.

— Hasta mañana.

**ACTO TERCERO.** — Una cámara del harem que comunica por el fondo con un salón de festín espléndidamente alumbrado. Entra Ibrahim vacilante, sostenido por las odaliscas que le recuestan en un sofá. En la sala contigua, las hijas de Ibrahim cantan y bailan acompañándose. Las odaliscas se unen á ellas, y la música continúa.

Cuando éstas se retiran después de haber cerrado la puerta, otra se abre y dá paso franco á Hussein, conducido por Adidjié. La mosaita se acerca sigilosamente al bajá: al verle adormecido, le ase los brazos para sujetar sus movimientos, y hace una señal al Albanés para que cumpla con su deber. Este hunde su *isama* en el pecho de Ibrahim; pero el bajá no sucumbe á la herida, lucha y muerde la mano de su asesino. Hussein repite sus golpes en la cabeza de la víctima que al fin exhala el último suspiro.

Después, aterrado Hussein con el crimen que acaba de perpetrar, huye olvidando poner en práctica lo convenido con Adidjié-Hanoun.

La música continúa, y es interrumpida por los gritos de Adidjié que por su parte no olvida su papel. A sus gritos se unen después los de las odaliscas y de las hijas de Ibrahim. Del palacio del *sérasquier*, situado á la otra parte de la calle, acuden un oficial y varios *tchaouchs*. Pónense en persecución de los Tátares, que en vano se buscan. Una odalisca revela al oficial que un hombre había penetrado en palacio pocos momentos antes, y que este hombre es indudablemente Hussein. Dos *tchaouchs* van á buscarle á su casa y le traen á la presencia del cadáver de Ibrahim. A su vista, el criminal se turba; le apremian con preguntas, intimándole á que explique el origen de las señales de mordiscos que se notan en sus manos: al principio niega débilmente; pero al fin confiesa su crimen y la cooperación de Adidjié. Ante la cobardía de su cómplice, Adidjié desdena el desmentir sus declaraciones, y confiesa con altivez ser ella quien ordenó el asesinato. Llévanlos á ambos presos.

**ACTO CUARTO.** — El palacio del cheik-ul-islam ó gran muftí. — La familia de Ibrahim se halla reu-

nida: sabe que Adidjié-Hanoun y Hadji-Hussein han sido condenados á muerte. Pero, para que sea ejecutada la sentencia, es preciso que el cheik-ul-islam dé su *fetva* declarando que la condena se halla conforme al Chariat, es decir, á la ley santa. Ahora bien, según una antigua y tierna costumbre oriental, cuando cae un musulmán bajo el puñal de un asesino, se cita á los parientes más cercanos y se les pregunta si quieren que la sangre sea vengada con sangre. El gran muftí ha reclamado la observancia de esta costumbre: pregunta sucesivamente á todos los hijos de Ibrahim-Bajá. — Quereis, les dice, la sangre de vuestro padre por la de vuestra madre? — Todos responden: — No. — Que ella viva entonces! Y tú, esclama volviéndose hacia el oficial del sultan que espera en la puerta, ve á decir al comendador de los creyentes que rehuso mi *fetva* para la muerte de Adidjié.

**ACTO QUINTO.** — Plaza de Intissab al salir el sol. En el fondo vése una horca. Pueblo, Francos, rayas y musulmanes; unos llevan el antiguo traje, otros el fez y la levita abotonada. Algunos *dervises* y *ulemas* recorren la muchedumbre: afirman que no puede verificarse el suplicio, que el Corán se opone á él, que el cheik-ul-islam ha hablado y no hay una persona bastante atrevida para infringir su *fetva*. Los Griegos, los Francos, los drogmanes que no se hallan en ejercicio de sus funciones, la parte escéptica de la población cita el texto del Tanzimat: « Todo el que ha dado muerte debe morir, » y algunos oficiales jóvenes añaden que los ministros sabrán probar, á pesar del *fetva* del cheik-ul-islam, que el Hatti-Humayoun no es una carta muerta. Al punto se propala el rumor de que el día antes se celebró un consejo en la Puerta, y que la cuestión ha sido sometida al mismo Abdul-Medjid. Qué ha decidido éste? Ha hecho merced ó ratificado la sentencia? Ha cedido al viejo partido turco ó al de la reforma en esta circunstancia? No se tarda en saberlo. Levántase un prolongado murmullo del seno de la muchedumbre; de lejos viene y se acerca una escolta compuesta de soldados y de *cavas*, entre los cuales van un hombre y una mujer. Los esfuerzos del comentador de la ley han sido inútiles. En vano, después de haber visto con dolor quebrantada su *fetva* ante el texto del Tanzimat, pidió aun la suspensión en favor de Adidjié, declarando que está en cinta. La declaración fué reconocida errónea, y la justicia siguió su marcha.

Hadji-Hussein llega al pie del cadalso: allí debe cortársele la cabeza á la vista de su cómplice que será en seguida ahorcada encima de él. Un silencio sepulcral se apodera de la muchedumbre. Hussein se arrodilla, el *cavas* blandé su sable y... cae el telón.

El epílogo ós es ya conocido. Perdonad las faltas al autor.

PETIT-JEAN.

#### UNA TAPICERÍA DEL MUSEO DE CLUNY.

De todos los monumentos del arte de los tiempos pasados, que admiramos hoy en los museos y en las colecciones públicas, hay pocos más interesantes, bajo todos los puntos de vista, que esas hermosas tapicerías de los siglos quince y diez y seis, en las cuales hallamos la gracia unida á lo preciso de la ejecución que no deja nada que desear á la fantasía, la reproducción fiel de los trajes, muebles y utensilios de una época tan lejana de nosotros, y la representación exacta de esos mil detalles del interior que son objeto de estudios y de interesantes investigaciones por parte de los arqueólogos de nuestros días.

Esas colgaduras que no tienen cabida en nuestras habitaciones modernas, por razón de sus di-



mentaciones, constituyen desde luego ellas solas el principal ornamento y la decoración mas importante de las moradas de nuestros antepasados, y con sólo tender la vista sobre las que conservamos aun, podemos darnos cuenta exacta de importancia de tales artefactos y de las materias en ellos empleadas, así como tambien del mérito relevante que sabian dar á esta clase de trabajos los artistas de la edad media.

Todo el mundo ha visto en el hôtel de Cluny esa magnífica serie de la historia de David, compuesta de diez tapicerías de dimensiones colosales, tejidas con oro y plata, cubiertas de figuras de tamaño natural, que constituyen páginas para la historia de los trajes de la época de Luis XII.

Ademas de estas grandes piezas que pueden mirarse como obras excepcionales, por su importancia extraordinaria y por la riqueza de su ejecución, hay otras que por ser de una fabricación mas sencilla y de un carácter mas severo bajo el punto de vista de la decoración, no son menos preciosas tanto por los asuntos que representan, cuanto por los datos que suministran.

Entre estas últimas, conviene clasificar la tapicería de *dame Arithmétique*, que ha sido recientemente expuesta en el palacio de Cluny, tomando un puesto entre sus colecciones. Esta hermosa tapicería, cuya reproducción publica hoy el *Mundo ilustrado*, se distingue desde luego por la naturaleza de su asunto, como tambien por el carácter y las disposiciones de los trajes; presenta nueve figuras de tamaño natural; una mujer ocupa el centro del cuadro, de pie y cerca de un baul que cubre un tapiz; su mano derecha cuenta fichas compuestas de monedas, y la izquierda reposa sobre las hojas de un libro abierto, en el cual ella parece indicar ciertos párrafos, á un personaje que se halla sentado sobre un escabel, concentrando su atención en el cálculo, cuya demostración va él siguiendo.

Esta mujer, como la inscripción del fondo lo indica, es la Arithmética que enseña las reglas de la ciencia.

Tiene varios señores y estudiantes agrupados en derredor: detrás de ella, ó mejor dicho, á su izquierda, entre su auditorio, hay uno que tiene en la mano un arco pequeño, de cuya cuerda están suspendidos unos palos de tamaños desiguales, y



Tapicería de la señora Aritmética, espuesta recientemente en el museo de Cluny.

cuyo objeto pareciera el facilitar, por sus diversos movimientos, la operación de los cálculos elementales.

En la parte inferior se lee esta inscripción:

MONSTRAT ARS NUMERI QUE VIRTUS

POSSIT HABERE.

EXPLICO PER NUMERUM QUE SIT

PROPORTIO RERUM.

A la derecha, sobre la pilastra que sirve de marco, se hallan las palabras: *David fecit. (Davi. F.)*

En cuanto á la época de su fabricación, no cabe duda alguna, por todos sus caracteres, de que es obra del tiempo de Luis XII, ejecutada sea en Arras, sea en Brujas, y mas probablemente en esta última ciudad, si tomamos por una marca de fábrica la letra B. puesta en el anverso que se ve en medio de las guirnalda que forman el coronamiento.

Al lado de esta tapicería, notable por diversos títulos, hay otra cuya adquisición por el palacio de Cluny es tambien de fecha reciente, y que no cede en nada, como interés, á la que acabamos de describir lijamente; estas representan las batallas de Saint-Denis y de Jarnac, la muerte del condestable Anne de Montmorency, y la del príncipe Condé, en 1567 y 1569.

De fecha mas reciente, pero tambien curiosas por la manera como abrazan el conjunto de los cam-

pos de batalla, por la disposición de los cuerpos de tropa y por las leyendas que designan al espectador cada uno de los incidentes, de los combates, son las tapicerías que acaban de esponderse al público y que guarnecen las paredes de uno de los salones del piso bajo, mereciendo que se haga de ellas una mención especial, pues tienen derecho á que se las clasifique entre los objetos mas preciosos que han sido adquiridos recientemente, por orden de su Excelencia el señor ministro de Estado, para las colecciones del Museo de las Termas y del palacio de Cluny.

E. DU SOMMERARD.

La traducción del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del cono-

cido escritor

D. J. S. FLÓREZ.

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                             |                                |
|-----------------------------|--------------------------------|
| AREQUIPA . . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA . . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ . . . . .            | D. Rafael Mogollón y Guzmán.   |
| BUENOS-AIRES . . . . .      | D. Federico Real y Prado.      |
| CARÁCAS . . . . .           | Sres. Frías, hermanos.         |
| CARTAGENA . . . . .         | Sres. Rojas, hermanos.         |
| COBILIA . . . . .           | D. Joaquín F. Velez.           |
| COLON . . . . .             | Sres. L. Durandean y Compañía. |
| GUATEMALA . . . . .         | D. Joaquín B. Donalizio.       |
| GUAYAQUIL . . . . .         | D. Pablo Blanco.               |
| HABANA . . . . .            | D. Luis Abadie.                |
| LA PAZ . . . . .            | D. Narciso Dausá.              |
| LIMA . . . . .              | Sres. Charlain y Fernández.    |
| MÉJICO . . . . .            | D. José Herrero.               |
| MENDOZA . . . . .           | D. Benito Gil.                 |
| MONTEVIDEO . . . . .        | P. Bailly.                     |
| PANAMÁ . . . . .            | Sres. José Macías é hijo.      |
| PUERTO RICO . . . . .       | Sres. Maillefert y Comp.       |
| ROSARIO . . . . .           | D. F. Civit.                   |
| SAN FRANCISCO . . . . .     | D. Teodoro Reissig.            |
| STA. MARTA . . . . .        | D. Federico Real y Prado.      |
| SANTIAGO DE CHILE . . . . . | D. José M. Aleman.             |
| SAN TOMAS . . . . .         | D. José M. Sanchez Enriquez.   |
| TACNA . . . . .             | D. Ignacio Guasp.              |
| TAMPICO . . . . .           | Federico Reissig.              |
| VALPARAISO . . . . .        | M. Biesta.                     |
| VERACRUZ . . . . .          | D. José A. Barros y Comp.      |
|                             | D. Pedro Yuste y Comp.         |
|                             | Librería agencia del Mercurio. |
|                             | D. Ramon Morel.                |
|                             | D. Luis Guasp.                 |
|                             | D. Clemente Bartibas.          |
|                             | D. A. Gutierrez y Victori.     |
|                             | D. Santos Tornero y Comp.      |
|                             | D. Nicasio Ezquerria.          |
|                             | D. José Perez Anguita.         |
|                             | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle, A. Bourdilliat, 16, rue Breda.